

BERCEO	140	293-326	Logroño	2001
--------	-----	---------	---------	------

HISTORIA Y “PRESENTE”*

Gonzalo Capellán de Miguel**

RESUMEN

Las relaciones entre historia y presente han ocupado un lugar central en los debates historiográficos de los últimos años. Este artículo trata de hacer un balance de cómo la denominada Historia del Presente se ha ido implantando en los diferentes países, con especial referencia al caso español. Una vez que los historiadores han aceptado la posibilidad de hacer una historia del tiempo presente, queda ver la forma renovada en que han incorporado el uso de las fuentes orales, el tratamiento de la memoria, las relaciones con otras ciencias sociales..., es decir, la forma en que ha definido su lugar dentro de la moderna y globalizada sociedad de la información.

Palabras clave: Historia, presente, Historia del Tiempo Presente, Europa, España, fuentes orales, memoria, nuevas tecnologías, ciencias sociales, periodismo.

The relationships between History and present have lastly been in the core of historical discussion. This paper aims to show how the so-call “Present History” (Contemporary History) has flourished in every country, especially in relation to Spain. Once historians have recognized that it is possible to make the history of the present

* Aprobado el 15 de junio de 2001. El término *presente* será utilizado en el texto en minúscula como sinónimo de “pasado reciente”, un tiempo que es pasado, pero *está* presente en una determinada sociedad. Aparecerá en mayúsculas para referirse al uso específico que ha hecho del término la corriente historiográfica denominada Historia del Presente (con implicaciones metodológicas propias más allá de lo cronológico).

** Instituto de Estudios Riojanos/Universidad del País Vasco.

time, it rest to see the new way in which they deal with oral sources, with memory, with other social sciences..., that is to say, the way in which history has placed within the modern society, that of information and globalization.

Key words: History, Present, Contemporary History, Europe, Spain, Oral History, Memory, New Technologies, Social Sciences, Journalism.

Tanto si nos situamos en los orígenes más remotos de la ciencia historiográfica, como si preferimos partir de la época en que la disciplina se configura de una forma moderna, tomemos como ejemplo a Tucídides o a Tocqueville, historia y presente siempre han estado estrechamente unidos. Nunca, sin embargo, se ha producido un intento explícito e institucionalizado de configurar una disciplina historiográfica sobre la idea del presente. En cualquiera de los antecedentes aludidos se pueden encontrar casos prácticos, *de facto*, de una historia realizada desde el tiempo presente, de relatos historiográficos en los cuales el historiador era parte del tiempo histórico objeto de su estudio. Pero únicamente en los últimos años la preocupación por el pasado más reciente (“presente”), la necesidad de ocuparse de los hechos acaecidos en el propio tiempo, ha sido sentida de un modo colectivo y abordada por un grupo de profesionales de forma más o menos simultánea en diferentes países.

El intento de establecer una Historia del Presente se ha visto, no obstante, plagado de dificultades de todo tipo. Unas dificultades que han provocado la búsqueda constante de soluciones por parte de los historiadores del presente, que por ese mismo motivo se han visto obligados a explorar nuevos campos, a debatir sobre los instrumentos más apropiados para realizar el estudio del presente, a definir, en última instancia, tanto conceptual como metodológica e incluso cronológicamente su nueva propuesta historiográfica. De todo este proceso queremos dar cuenta en las siguientes páginas. Para ello -y sin olvidar nunca que se trata de un debate abierto, en pleno desarrollo en la actualidad-, vamos a detener nuestra atención en una serie de cuestiones centrales a la Historia del Presente.

Ante todo trataremos de delimitar el propio concepto de Historia del Presente en relación con otros términos fronterizos con los que tiende a confundirse habitualmente (tales como Historia del Mundo Actual o Historia Inmediata). A continuación rastreamos los orígenes y conformación de una Historia del Presente en España, haciendo referencia siempre al desarrollo de la historiografía sobre el presente en otros países de su entorno a cuyo estímulo y/o semejanza, en parte, se ha moldeado el caso español. Posteriormente iremos abordando uno a uno los diferentes aspectos en torno a los cuales se ha centrado el debate de la Historia del Presente. Comenzando por las fuentes, y siguiendo por las consideraciones de carácter epistemológico y metodológico, hasta llegar a las propuestas de carácter cronológico. La Historia Oral, la Memoria histórica, la relación sujeto-objeto (es decir, el problema de la objetividad), la convivencia con otras ciencias sociales, las fechas de inicio y fin, etc., forman parte de la naturaleza misma de la Historia del Presente y como tales serán aquí analizadas.

1. EL PASADO RECIENTE: HISTORIA ACTUAL, HISTORIA INMEDIATA E HISTORIA DEL PRESENTE

Desde que la historiografía se constituyó como ciencia autónoma en el siglo XIX y experimentó la influencia del positivismo en boga, la idea de la Historia ha estado indisolublemente ligada a la noción de pasado. De hecho, la historiografía en general se ha configurado alrededor de la idea de que una cierta distancia cronológica, el paso del tiempo en definitiva, era justamente la circunstancia que hacía posible la propia existencia de la historiografía como ciencia. En consecuencia, el tiempo denominado “presente” quedaba *ipso facto* vedado al campo de estudio de los historiadores (más adelante veremos las implicaciones epistemológicas de semejante concepción). Este simple hecho es suficiente para que cualquier propuesta de Historia del Presente resulte no sólo novedosa, sino, además, sorprendente. Hasta hace poco tiempo ese pasado reciente objeto de estudio para los historiadores, la Historia, se encontraba circunscrita a los límites cronológicos de la denominada Historia Contemporánea. La sensación de novedad que los protagonistas de las revoluciones europeas habían tenido a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, les había impulsado a utilizar diferentes términos mediante los cuales resaltar su modernidad frente a los tiempos pasados, de carácter antiguo. Atendiendo a esa conciencia, así como a la ruptura real que en casi todos los ámbitos (político, económico, cultural...) se produjo con respecto a la época anterior, los historiadores adoptaron el término contemporáneo para designar a la Historia sucedida durante ese período. La fecha inicial, con distintas modificaciones en función de los países o los acontecimientos más relevantes en cada lugar, venía a situarse en torno al simbólico año de 1789, el año de la Revolución francesa. En España 1808, 1812 ó 1833 podrían ser fechas de referencia. Pero ese período, la contemporaneidad, seguía bien entrado el siglo XX sin concluirse. Algo que no podía dejar de sorprender a quienes estaban comenzando a vivir en una sociedad radicalmente distinta de la pasada. La aceleración de los cambios de todo tipo durante la segunda mitad del siglo XX fue fortaleciendo la conciencia de que se estaba viviendo una época nueva a cuyos protagonistas difícilmente podía considerarse contemporáneos con los liberales del siglo XIX, por ejemplo.

La respuesta más natural fue la introducción de un nuevo período histórico al que se denominó de variadas formas: era atómica, post-guerra... o con más frecuencia época actual. Tomando siempre como gran hecho de ruptura o de referencia la II Guerra Mundial, desde 1945 habría comenzado una nueva fase de la Historia que en España aparecerá en libros de texto y programas de enseñanza como Historia del Mundo Actual¹. Este término hace referencia, pues, exclusivamente a una división cronológica de la Historia, sin más. La Historia del Mundo Actual llegaba en su dimensión cronoló-

1. Que no siempre se reduce en los niveles docentes a una historia cronológica y de espaldas a las nuevas metodologías, tal y como a veces se afirma desde la Historia del Presente. Por ejemplo, la asignatura de Historia del Mundo Actual impartida en la Universidad de Cantabria va precedida de una amplia introducción de varias semanas en las que se explica a los alumnos las implicaciones que el presente tiene para la historiografía (fuentes, metodología, nuevas perspectivas –incluida la de la Historia del Presente-, etc.). Además la propia enseñanza se apoya en métodos y técnicas propias del Mundo Actual (imágenes, sonido, memoria...). Lo mismo sucede dentro del departamento de Historia Contemporánea de la UNED, cuyos materiales didácticos recogen desde

gica hasta los hechos más recientes, hasta hoy, lo cual hizo de su ámbito de estudio una concurrencia de especialistas de todas las disciplinas y no sólo de historiadores. Es más, los historiadores anclados en esa concepción de limitar su tarea al pasado más o menos distante eran en buena medida los grandes ausentes en el debate público sobre la actualidad. Justamente lo contrario que sucedía con otros profesionales de las ciencias sociales y humanas como sociólogos, politólogos o filósofos. Pero quienes monopolizaron desde un principio la voz pública de la actualidad fueron los periodistas. Desde el denominado “periodismo de investigación” se abordó un estudio de la actualidad de consumo en prensa, tertulias radiofónicas o libros de divulgación. En torno a este tipo de actividad ha surgido la denominada Historia Inmediata, (a veces llamada Historia Reciente) como la parcela más cercana de la Historia Actual y realizada bajo los presupuestos mencionados.

Frente a todo ello algunos historiadores comenzaron a denunciar esa situación. Rompiendo con la barrera cronológica y mental del pasado, reivindicaron para la historia el presente (*historificación* del presente la ha denominado algún autor)². Pero no redujeron su propuesta de una Historia del Presente a una noción temporal, como la Historia Actual, ni se conformaron con el análisis inmediato sin perspectiva cronológica y sin recurso a ciertas fuentes que caracteriza a la Historia Inmediata. Al contrario, comenzaron una reflexión teórica sobre la forma en que debería conformarse una historia científica del tiempo presente. Parece evidente que si lo que había llevado al nacimiento de un nuevo período de la Historia era la naturaleza radicalmente diferente del presente, de la época actual con respecto a la pasada, esa nueva época demandaba un acercamiento distinto, un tratamiento propio que tuviera en cuenta la peculiar naturaleza del presente. El tiempo presente había traído una revolución en los medios de comunicación que inevitablemente había de afectar a las fuentes, tanto por su multiplicación casi infinita como por los diferentes soportes en que ahora podía aparecer. A la escasez de fuentes que había hecho de la labor de búsqueda y hallazgo un momento decisivo en la Historia del pasado remoto, la abundancia del presente traslada la atención a la selección y tratamiento de las fuentes por parte del autor. Los documentos audiovisuales implicaban similares innovaciones a la hora de utilizar las fuentes. Además, el presente y la voluntad de hacer su historia pone al servicio del historiador el propio testimonio de los protagonistas. Algo que también pueden hacer los historiadores del pasado merced a testimonios y memorias de la época, pero siempre en cantidad menor y sin la posibilidad de elegir ni al testigo, ni las preguntas a formular. Todo eso ha planteado igualmente problemas metodológicos que con el tiempo se van depurando mediante planificación, estructuración y estandarización de las entrevistas orales. El fenómeno de la Memoria

hace años todos los aspectos más destacados de la Historia del Presente. Vid. Alicia ALTED (coord.), *Cómo hacer la Historia Contemporánea hoy. Conceptos, métodos y fuentes*. Carpeta del alumno, vol “, curso 1994/95 (Madrid, 1994). Esto, por citar un par de ejemplos únicamente.

2. J. ARÓSTEGUI, “Sociología e Historiografía en el Análisis del Cambio Social Reciente”, en *Historia Contemporánea*, núm. 4, 1990, pp. 167. Aróstegui ha protagonizado uno de los intentos más rigurosos y decididos de renovación teórica y metodológica de la historiografía española reciente (vid. su obra *La investigación histórica: teoría y método*. Barcelona, Crítica, 1995 [1ª ed.] y 2001).

Histórica ha irrumpido también en la escena y va ocupando la atención de los historiadores para llegar a su tratamiento adecuado. Lo que se produce es todo un proyecto historiográfico que pretende dar cumplida respuesta a la revolución tecnológica, a la globalización del mundo, a la irrupción de los *mass media* y a la conciencia histórica nueva que surge en las sociedades del siglo XX. Una respuesta que tendrá necesariamente que irse remodelando para satisfacer las demandas de cada tiempo presente, de cada generación, ya que la memoria histórica de hoy no será la misma que la de mañana, ni ésta la de la generación siguiente. Por eso la Historia del Presente se resiste a una fijación cronológica, porque el presente es una idea móvil que a cada generación corresponde determinar y definir para sí misma. Más adelante veremos cómo se define ese “presente” como una realidad diferente de la simple actualidad o del pasado reciente sin más para conformar una categoría epistemológica singular y compleja.

2. HISTORIOGRAFÍA Y MUNDO ACTUAL

Previamente a la II Guerra Mundial la historia contemporánea no había contado con un cultivo tan profuso como el de los períodos históricos más remotos (antiguo, medieval o moderno). El gran impacto psicológico que la guerra provocó en algunas sociedades del occidente europeo desató una inmediata reacción por parte de historiadores y científicos sociales de todo tipo que comenzaron a preocuparse de forma prioritaria del análisis de los hechos relacionados con la guerra, tanto en sus causas como en sus consecuencias inmediatas. En determinados países semejante situación afectó de forma decisiva a la historiografía, que tuvo que afrontar una realidad completamente nueva de la cual surgió una inevitable transformación profunda de la propia disciplina, de los modos de concebir, de realizar en última instancia, la propia Historia. El pasado inmediato, de repente, se había convertido en algo inseparable del presente e incluso del futuro de esas sociedades.

2.1. Alemania y la *Zeitgeschichte*

Paradigmático de lo que venimos afirmando es el caso alemán. La memoria colectiva alemana experimentó una tremenda conmoción como resultado del período nacionalsocialista y de los acontecimientos acaecidos en aquellos años (el ascenso del nazismo, la persecución judía, la guerra...). La ocupación de Alemania tras la guerra fue acompañada de una versión de los hechos que ponía el énfasis en la idea de culpabilidad del pueblo alemán. De esa forma parecía más comprensible (hasta justificada) la ocupación misma, el sentimiento de culpa que debía ser expiado. La política de reeducación popular fue una realidad en la Alemania de finales de los 40. Pero la modificación de las circunstancias históricas llevó aparejado un cambio paralelo en la concepción del pasado. Con el surgimiento del bloque comunista, sentido por los Estados Unidos como una amenaza sobre el occidente europeo, Alemania se convirtió en un emplazamiento clave de contención a ese posible avance soviético, a su previsible dominio sobre Europa. Para contener ese peligro había que contar con una Alemania fuerte. Como parte de ese programa surge una visión distinta del pasado inmediato. Alemania ya no era globalmente culpable del nacionalsocialismo. Existía una Alemania “no-nazi” sobre cuya base debía edificarse la futura Alemania democrática (entonces surgen los estudios sobre

la resistencia en Alemania, el carácter universal del fascismo en la Europa del período, etc.).

La sociedad alemana encontró así muy pronto definidos los parámetros de su evolución. Por un lado, debía olvidar y abortar para siempre cualquier elemento de identificación con el nazismo. La mirada de los historiadores se volvió hacia la república de Weimar, hacia otros períodos sin ese fuerte estigma que además alimentaría la idea de que el período nazi fue un auténtico paréntesis en la historia alemana, no consustancial al pueblo alemán. Por otro, se abría un nuevo horizonte de futuro en el que Alemania podría alcanzar una democracia plena³. La fecha de 1945 se convirtió en un nuevo arranque, en el momento inaugural para esa nueva historia de Alemania, olvidada así de su pasado más reciente. *Die Stunde Null* (“La hora cero”) conseguía de esa manera lo que los alemanes han denominado *persilschein*, un efecto de lavado sobre el pasado (se habla también de 1945 como un *Null Punkt*). De acuerdo con esa ruptura cronológica se abre un período nuevo cuyo dominio no caía ya dentro de la historia moderna alemana (*Neu Geschichte*). Ni la revolución de 1848 ni la unificación de 1870 habían provocado una ruptura tal del tiempo histórico que se hiciese necesario considerar iniciada una nueva época. Ahora sí. Para dar cuenta de los hechos posteriores a 1945 en Alemania nace la *Zeitgeschichte* (“Historia del tiempo”, literalmente). El nombre ha calado en la historiografía a pesar de la pobreza terminológica de la expresión (toda historia lo es del tiempo) que renunció a incluir precisiones del tiempo a que se refería como “nuestro tiempo” o “tiempo presente”, a los que sin duda alude implícitamente la *Zeitgeschichte*. Se trataría en este caso de una división puramente cronológica dentro de la cual no han estado ausentes los debates historiográficos en torno a las novedades que el período presenta (globalización, fuentes...), pero sin cuestionar seriamente nunca la posibilidad real de hacer una historia de ese tiempo histórico tan próximo⁴. Al contrario, la materia de *Zeitgeschichte* o *Neuste Geschichte* (Historia “más nueva”, en referencia a la simplemente *Neu*, “nueva”) está hoy consolidada en los niveles de educación media y superior de toda Alemania. Ahora bien, la tendencia actual es la de, por un lado, una consolidación del “derecho” del historiador a ocuparse del tiempo presente y, por otro, la concreción cronológica de ese tiempo como el correspondiente al siglo XX⁵.

3. Una interpretación en este sentido ha sido desarrollada por J. GIMBEL, “The origins of the Institut für Zeitgeschichte: scholarship, politics and the American occupation, 1945-1949”, en *The American Historical Review*, LXX, núm 3, abril 1965, pp. 714-731.

4. La permanencia de estas precisiones historiográficas sobre la *Zeitgeschichte* puede seguirse desde su arranque mismo en el artículo clásico de Hans ROTHFELS, “*Zeitgeschichte als Aufgabe*”, en *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, núm.1, enero 1953, hasta el más reciente de Matthias PETER, “Was ist Zeitgeschichte? Begriff, Periodisierung, Aufgaben”, en M. PETER y H-J. SCHRÖDER, *Einführung in das Studium der Zeitgeschichte*. Paderborn/München/Wien/Zürich, F. Schöningh, 1994. Como puntos intermedios remito a E. JÄCKEL y E. WEYMAR, *Die Funktion der Geschichte in unserer Zeit*. Stuttgart, E. Klett Verlag, 1975 y H. MÖLLER, “Zeitgeschichte. Fragestellungen, Interpretationen, Kontroversen”, en *Aus Politik und Zeitgeschichte*, año 38, núm. 2, enero 1988, pp. 3-18.

5. En ese sentido parece que se va resolviendo el debate de propuestas iniciales para la historia del presente alemán entre 1914 ó 1945. Para la definición del siglo XX como un período his-

Desde una perspectiva historiográfica lo importante es que se inició una línea de trabajo centrada en el período nacionalsocialista desarrollado institucionalmente (primero el Instituto para la *Zeitgeschichte* de Munich y luego otros como el de Nüremberg o el de Postdam). Se comenzaron a relacionar trabajos sociológicos, politológicos e historiográficos conjuntamente. Se comenzó a tratar el problema de la fuentes, de los nuevos soportes, a recurrir sistemáticamente a la “historia oral” y a sondear los problemas de la memoria histórica. Una memoria que tuvo su eje central en el periodo nazi y reforzada (avivada) por acontecimientos posteriores como los juicios de Nuremberg⁶. Una memoria que parecía liberarse definitivamente con la unificación alemana, con la que se abría un nuevo horizonte a una Alemania ya democrática. Pero también una memoria aún muy sensible como el libro reciente de Eric Goldhagen, *Los verdugos voluntarios de Hitler*, ha puesto de manifiesto. No se puede explicar el rotundo éxito de su obra desde un punto de vista exclusivamente interno, de la calidad (que la tiene) de la tesis doctoral del joven Goldhagen, o del carácter polémico de sus planteamientos (la voluntaria y masiva colaboración de los alemanes “corrientes” en el Holocausto). La clave definitiva de la cuestión es externa: la imperfecta conciliación de Alemania con su historia reciente, el peso de su memoria histórica. Un ejemplo contundente de cómo el pasado puede determinar ciertos aspectos del presente, actuar sobre él a través de la memoria histórica colectiva, pero al mismo tiempo de la dificultad para establecer una cronología fija del “presente” de cada país, de su memoria histórica presente (“viva”) en cada momento⁷.

2.2. Francia: *l’Histoire du Temps Present y l’Histoire immédiate*

Un poco más tarde tenemos que esperar en el caso francés para encontrarnos con una propuesta de abordar la historia del presente. Dominado el panorama historiográfico por la escuela de los *Annales*, fueron los tiempos antiguos, medievales y modernos los que concentraron el interés de los historiadores. A pesar de las pautas marcadas por los annalistas a finales de los 50 y en la década de los 60, la historiografía francesa actual ha buscado luego los orígenes remotos de una historia del presente en los fundadores de la escuela, en las figuras de Lucien Febvre y, sobre todo, Marc Bloch. Ambos habían

tórico singular y sobre la doble tendencia arriba mencionada vid. el reciente y sugestivo artículo de Hans-Peter SCHWARZ, “Fragen an das 20. Jahrhundert”, en *Vierteljahrhefte für Zeitgeschichte*, 48 (Heft 1), 2000, pp. 1-36.

6. La atención a todos estos elementos y a otros que definen el carácter de la historia reciente alemana quedan reflejados en su publicación periódica más representativa, *Vierteljahrhefte für Zeitgeschichte* (1953). Sobre las publicaciones del período de postguerra, la institucionalización de la *Zeitgeschichte* y los debates en torno al concepto y las fuentes puede verse G. CAPELLÁN DE MIGUEL, “Orígenes y significado de la *Zeitgeschichte*: concepto, institucionalización y fuentes”, en C. NAVAJAS ZUBELDIA (edit.), *Actas del Segundo Simposio de Historia Actual de La Rioja*. Logroño, IER, 2000, pp. 317-330.

7. He desarrollado más esta cuestión en “La Historia del Tiempo Presente en Alemania. La polémica Goldhagen”, texto presentado al *III Simposio de Historia Actual de La Rioja* (incluido en las Actas del Simposio, de próxima publicación por el IER). Sobre las diversas polémicas historiográficas acaecidas en Alemania desde el caso Fisher de los 60 hasta el más reciente de Goldhagen, pasando por la *Historikerstreit* de los años 80.

escrito obras teóricas en las que reclamaban para la historiografía el tiempo en general, con independencia de su lejanía o su proximidad⁸. Fue en los años 70 cuando cristalizó el deseo de abordar el período más reciente desde una perspectiva histórica. Las figuras de François Bédarida y Pierre Nora fueron determinantes. El primero desarrolló un seminario permanente sobre el método de la Historia del Tiempo Presente. En el terreno de la producción historiográfica la obra de referencia sin duda fue la de P. Nora *Les lieux de mémoire* (1984), convertida muy pronto en una referencia inevitable, como un caso práctico ejemplar de Historia del Presente. Como en el caso alemán, la Francia de la Guerra, la de Vichy, el colaboracionismo fueron los lugares de la memoria a olvidar, mientras que la Francia de la resistencia y la figura de De Gaulle o la tradición republicana fueron los componentes de la nueva historia.

Desde esos años 70 Francia ha sido el país donde el presente ha gozado de un mayor impulso. Institucionalmente a través del *Institut D'Histoire du Temps Present* (1978) de París. En 1980 salió a la luz su principal órgano de expresión el *Bulletin* de la HTP, que en su primer número define el Instituto como “un centro de investigación especialmente destinado al estudio del mundo *muy contemporáneo* (très contemporain). Entre sus objetivos centrales menciona el BHTP el de prolongar el campo de acción de los estudios históricos “hasta el pasado más próximo” (le plus proche). De ayer a hoy, desde los años de la década de 1930 hasta el mismo año 1980⁹. Algo que en la práctica ha ido perdiendo fuerza frente a la tendencia a quedarse en el estudio de los años 30 y 40 (a lo sumo los 50), como se puede ver en el índice de publicaciones realizadas por la otra empresa editorial del IHTP, *Les Cahiers de l'HTP*¹⁰.

Esa restricción cronológica en la práctica fue aducida precisamente por una serie de historiadores para justificar el desarrollo de la denominada *Histoire Immédiate*. Si bien ésta tenía su precedente en una serie de publicaciones dirigidas desde 1961 por el periodista Jean Lacouture, él mismo hizo los primeros esfuerzos teóricos por defender una

8. Frente a la “larga duración” que los annalistas pusieron de moda en varios de sus escritos, desde los años 30 Febvre y Bloch demostraron una alta estima por la Historia más contemporánea, que de hecho fue la más presente en los estudios publicados en *Annales* en su primer período. En esa reivindicación del tiempo corto frente al largo (o a su lado, mejor), se busca sus huellas francesas, en los fundadores de *Annales*, al margen de la dirección emprendida por sus discípulos (vid. Jean-François DENEBOUDE, “Marc Bloch, Lucien Febvre et L’histoire immédiate”, en *Cahiers d’Histoire Immédiate* (CHI), núm. 7 (primavera 1995), pp. 111-118. En el caso español se ha adoptado un discurso similar en este sentido, como parte de los argumentos legitimadores de una Historia del Presente (además de Bloch hay una larga lista de autores que historiaron su presente, desde Tucídides, Tácito o César hasta Tocqueville, Trostky o el propio Marx). No debe confundirse, sin embargo, este hacer historia *desde* el presente, con hacer Historia del Presente, algo solamente posible desde que tal corriente historiográfica queda definida y configurada desde hace unos pocos años.

9. Cfr. “En guise de presentation”, *BHTP*, núm 1, jun. 1980, p. 5.

10. Puede verse la lista adjuntada al dorso de cada número de la revista. Aquí hemos seguido el correspondiente al número 35, de diciembre de 1996. Hasta tal punto es así que alguien como Jean Pierre Rioux (una persona clave en el IHTP) ha afirmado recientemente que todos los retos

historia inmediata entendida como “una investigación centrada en lo *viviente* (vivant), en lo que está vivo”¹¹. Pero fue en 1989 cuando esta idea cristalizó en el *Groupe de Recherche en Histoire Immédiate* por iniciativa de Jean-François Soulet. Este grupo, instalado en la Universidad de Ciencias Sociales de Toulouse-Le Mirail ha desarrollado una línea de estudio del presente definida por cuatro aspectos básicos. Cronológicamente arranca de 1960 y llega hasta la actualidad por ser el campo que, aunque anunciado, casi nunca es *de facto* abordado por los historiadores del tiempo presente. Metodológicamente se caracteriza por un énfasis en las modernas fuentes audiovisuales y orales¹². Además, promueve la relación interdisciplinar con las otras ciencias sociales (y especialmente con el periodismo), entre las cuales se reclutan muchos de sus miembros. Finalmente se preocupan mucho de la faceta pedagógica procurando impulsar la enseñanza en ese nuevo campo de la historia que identifican con el más reciente o “ultra-contemporáneo”¹³.

Con todo, parece que la tendencia cada vez más va siendo la de una progresiva confusión entre todos estos ámbitos para constituirse una historia del siglo XX en su conjunto (dentro de la cual tendrían cabida tanto la del tiempo presente, como la inmediata). Así parece intuirse de la iniciativa del *Centre National de la Recherche Scientifique* (de cuya empresa editorial dependen tanto el *Bulletin* como los *Cahiers* de la HTP) de publicar una revista bajo el título *Vingtième Siècle. Revue d'Histoire*. Es decir, algo muy similar a la pauta marcada en el mundo anglosajón (donde también existe una publicación titulada *Twentieth Century British History*, y editada por separado de su gemela sobre el siglo XIX).

del tiempo presente en Francia se han referido “incansablemente” a los del periodo 1940-45 (“Historia del Tiempo Presente y demanda social”, en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, núm. 20, 1998, p.81). El IHTP, como el Instituto para la *Zeitgeschichte* en Alemania, proceden de Centros de estudios consagrados a la II Guerra Mundial (precedentes y consecuencias incluidas), una orientación que ha pesado mucho en su desarrollo posterior.

11. Vid. su artículo “L’histoire immédiate” en Jaques LE GOFF et al., *La Nouvelle Histoire* (Paris, Editions Complexe, 1988, 1ª ed. de 1978), p. 293. Para Lacouture la historia inmediata no tiene por objeto “los cambios” (changements) y menos aún “lo cambiado” (changé), sino “el cambiar” (changer), p. 293. Tras una larga carrera como corresponsal de prensa en diferentes países (Indochina, Marruecos, Egipto...) durante los años 40 y 50, Lacouture publicó numerosos trabajos sobre la más reciente historia mundial. Vid. *L’histoire universelle depuis 1939*. Paris, Robert Laffont, 1975.

12. Vid. el artículo editorial con el que J-F. SOULET abre el primer número de *Cahiers d’Histoire Immédiate* (otoño de 1991), pp. 5-9. Entre los motivos por lo que el autor justifica la ubicación del grupo de investigación en Toulouse se encuentra la existencia en esa ciudad de una *Unidad de Formación e Investigación de Estudios Audiovisuales*, un *Centro de Historia de la Prensa y la Información*, una reputada filmoteca y una importante Viodoteca regional.

13. Soulet escribió junto a S. Guinle-Lorinet en 1989 un modélico manual de historia inmediata, *Précis d’histoire immédiate. Le monde depuis la fin des années soixante* (Coll. U., A. Colin, 480 p.). Más recientemente y para la conocida colección *Que sais je?* ha escrito *L’histoire immédiate* (PUF, 1994). Sobre la implantación en los niveles docentes de esta propuesta vid. Stéphane SOULET, “Les professeurs d’histoire et l’histoire immédiate”, en *CHI*, 7, 1995, pp. 119-128.

2.3. Estados Unidos y Gran Bretaña: Historia del siglo XX

Lo cierto es que ni en los Estados Unidos ni en Gran Bretaña la Historia del Presente ha cuajado como movimiento historiográfico específico, ni le ha correspondido una institucionalización semejante a la de Alemania o Francia. Por un lado, en los Estados Unidos la historia más reciente o inmediata permanece prácticamente sin cultivar. Existe alguna publicación periódica como *Current History*, que toma un nombre que se refiere a esa historia más viva, más en desarrollo y que suele centrarse en los estudios de otros países, especialmente del continente africano o asiático (siempre en un tono más periodístico y de actualidad que propiamente historiográfico)¹⁴. Por lo demás, siguen siendo los espacios cronológicos de la primera mitad de siglo y los años de postguerra (los 50) a lo sumo, los preferidos por los historiadores¹⁵. También allí ha habido un debate sobre los plazos de consulta de los archivos (de la disponibilidad de las fuentes sobre los sucesos cercanos en el tiempo, en definitiva), cuyo tiempo de acceso, de hecho, se ha recortado notablemente (*Speed up Declassification*). Tampoco ha estado ausente el recurso a las nuevas fuentes, siendo especialmente atractivo el campo del cine para la confección de estudios historiográficos¹⁶.

En Gran Bretaña sigue siendo el término de Historia Contemporánea (*Contemporary History*) el que aglutina a los historiadores del tiempo más reciente. La reputada *Contemporary European History* considera su ámbito natural de estudio, sin necesidad de iniciar un debate sobre su legitimidad, el pasado reciente desde los comienzos del siglo (1918 aproximadamente) hasta el “presente” (*the present*)¹⁷. La tónica aquí, incluso en los planes de estudio, es la de considerar el siglo XX como el campo de la historia contemporánea, sin excluir de él las fechas más recientes¹⁸. Quizá dentro de este

14. La publicación, editada en Filadelfia desde 1967 lleva por subtítulo, “revista mensual de sucesos del Mundo” y tiene un marcado tono de “magazine” de actualidad, antes que de “Review o Journal” de investigación científica.

15. Tanto las obras monográficas como la publicación periódica más prestigiosa en el terreno historiográfico, *Journal of American History*, corroboran esa afirmación. Vid. J. PORTES, “L’histoire immédiate aux Etats-Unis. Problèmes et débats”, en *CHI*, núm. 10, otoño de 1996, pp. 9-24.

16. Vid. *ibídem*, pp. 14-18. También se ha cultivado con asiduidad desde los años 70 la denominada historia oral, para fomentar la cual se ha creado una asociación nacional y una revista, *The Oral History Review*, que se publica desde 1972.

17. Ésa es, literalmente, la definición que se da en la última página de todos sus números. La revista fue fundada por el *Institute of Contemporary British History* y se imprime en la Universidad de Cambridge.

18. Tomamos aquí como ejemplo un caso que hemos podido contrastar directamente. En un plan común a otras Universidades del país la Universidad de Leicester contempla la asignatura anual *Today’s Britain* (por lo general subdividida en dos períodos, 1914-1945 y desde 1945 hasta la actualidad). El término *today* significa *at the present time* o más estrictamente se refiere a las cosas que suceden al mismo tiempo en que se habla o escribe sobre ellas. Un manual al uso es el de Paul JOHNSON, *20th Century Britain. Economic, Social and Cultural Change* (Londres, Longman, 1994). En él tienen cabida desde el movimiento Punk o los Beatles, hasta la historia del cine, del ocio y otra serie de cuestiones de actualidad muy reciente que aparecen tratadas desde una perspectiva historiográfica, dentro de un determinado trend secular de la Historia Británica.

ámbito quien ha hecho las consideraciones más interesantes con respecto a la relación entre historiador y presente ha sido Eric Hobsbawm. Él, que declara haber preferido siempre dedicarse al estudio del siglo XIX, en un momento dado -y especialmente después de la caída del bloque soviético- consideró que se había cerrado un particular ciclo histórico al que ha denominado “siglo XX corto” y que va desde 1914 a 1991¹⁹. Haciendo hincapié siempre en el concepto de generación y de cómo para cada generación el tiempo vivido va variando, Hobsbawm (nacido en 1917) considera su propio tiempo el transcurrido en ese periodo. Él que asistió a la vez al surgimiento del nacionalsocialismo alemán durante su infancia en Viena, a la entrada de Hitler en Berlín en los años 30, sirviendo luego en la II Guerra Mundial tras su exilio en Inglaterra y habiendo vivido en los EE.UU los años de la Guerra Fría. Por eso se siente capacitado y hasta obligado a escribir sobre su tiempo. Incluso resalta cómo el protagonista es el único capaz de captar un cierto clima de la época, de recrear una atmósfera que nunca ya después se podrá aprehender por los historiadores que no presenciaron (que no vivieron) esos eventos²⁰.

Es esa noción de historia del siglo XX, por tanto, la que domina en el mundo anglosajón, la que va poco a poco imponiéndose en la historia contemporánea aquí y allá, la que va haciendo del presente el punto final, el cierre de un ciclo histórico de casi cien años dentro del cual es preciso entender ese presente. Pero, ¿no es esta tendencia a identificar el presente y su historia con un período cronológico fijo un auténtico contrasentido para la propia esencia de la Historia del Presente?

19. La idea de que el cierre de un período que se produce en 1991 supone una conquista del corto siglo XX para la historiografía es la que da pie a su obra *Historia del siglo XX. 1914-1991*. Barcelona, Crítica, 1995. A ello se refiere explícitamente Hobsbawm en varios pasajes del libro (vid. p.15). Hay que señalar, no obstante, que ese final de ciclo histórico que parece animar a Hobsbawm a superar las reticencias a escribir la historia de su tiempo, no es una condición de posibilidad para la Historia del Presente. Al contrario, ésta se caracteriza por el análisis de procesos abiertos, realidades de las que en muchas ocasiones no sabemos cómo van a concluirse porque están vivas aún, en pleno desarrollo.

20. A esas ventajas para analizar el período por parte de los “historiadores viejos” añade la facilidad para, sin esfuerzo, captar los cambios experimentados durante este período. Con respecto al estudio de períodos precedentes, el actual también facilita su estudio al historiador merced a la gran cantidad de fuentes que pone a su disposición. Éstas y otras reflexiones, todas ellas favorables a la posibilidad de analizar históricamente “nuestro tiempo”, pueden verse en el capítulo que dedica a “El presente como historia” en su obra *Sobre la Historia* (Barcelona, Crítica, 1998, pp. 232-241). El texto procede de una Conferencia pronunciada en la Universidad de Londres en 1993 y publicada como *The Present as History: writing the History of Ones' Own Times*. Universidad de Londres, 1993. El título original recoge esa importante referencia a “escribir la historia del tiempo de uno mismo”, el propio tiempo del historiador (es decir, sin que la convergencia objeto-sujeto, impidan tal labor). Las observaciones de un historiador tan prestigioso como Hobsbawm en ese sentido no han pasado inadvertidas para los historiadores del tiempo presente, quienes han procurado contar con su colaboración (por ejemplo en el homenaje a F. Bédarida celebrado en mayo de 1992 y publicado ese mismo año por el CNRS bajo el título de *Ecrire l'histoire du temps présent*. El texto de Hobsbawm, “Un historien et son temps présent” (pp. 95-102) coincide en lo esencial con el anteriormente citado y se ha convertido en una referencia habitual de los historiadores del presente en todos los países).

3. LA HISTORIA DEL TIEMPO PRESENTE EN ESPAÑA*

El calado de esta corriente historiográfica en España ha sido lento. Si bien el impulso inicial, el conocimiento y su difusión tuvo lugar ya en los años 80, el gran debate ha tenido lugar (está teniendo lugar, en realidad) en los años 90. El texto pionero se debe a Josefina Cuesta, quien ya en 1983 informaba en la revista *Studia Histórica* de la existencia de una *Historia del Tiempo Presente* y de su desarrollo en otros países europeos²¹. A esa pionera contribución no siguieron, sin embargo, una serie de trabajos similares. Hubo que esperar a finales de ese mismo decenio para que Julio Aróstegui formulara ya una propuesta más elaborada sobre las relaciones entre Historia y presente y sobre sus posibilidades de desarrollo en el futuro. Fue el propio profesor Aróstegui quien continuó esa línea difundiendo en diferentes medios la nueva propuesta historiográfica²². Una propuesta que se convirtió en un proyecto más ambicioso de renovación de la disciplina a partir de una reflexión de carácter teórico y metodológico. La respuesta fue el establecimiento de un debate teórico en torno a la Historia del Tiempo Presente en los primeros años 90. Junto a J. Aróstegui tomaron parte en él otros contemporaneistas destacados como Javier Tusell, Josefina Cuesta o Antonio Rodríguez de las Heras. En torno a cada uno de estos autores se han ido desarrollando una serie de grupos de trabajo, así como líneas de investigación relacionadas con la Historia del Presente.

Centradas en desarrollar una renovación disciplinar como paso previo indispensable para una Historia del Presente (o del Tiempo Presente), debemos dar cuenta de las

* Inicialmente se utilizó en España la expresión francesa Historia del Tiempo Presente, pero cada vez más se va simplificando en favor de Historia del Presente (de ambas formas -y con idéntico significado- puede encontrarse en la bibliografía existente). También es posible encontrar el término Historia Actual o el de Historia coetánea propuesto en varios lugares por Julio Aróstegui como expresión más apropiada para una historia que hecha por autores coetáneos a los hechos investigados, que refleja la perspectiva histórica de quienes la han vivido.

21. CUESTA BUSTILLO, Josefina, "La Historia del Tiempo Presente: estado de la cuestión", en *Studia Histórica (Historia Contemporánea)*, vol. I, núm. 4, 1983 (227-241). Un decenio más tarde la misma autora publicó un trabajo que sigue siendo una excelente síntesis sobre esta cuestión, *Historia del Presente* (Madrid, Edema, 1993).

22. Siguiendo un orden cronológico, su amplia producción bibliográfica sobre este tema incluye trabajos como "La historia reciente o del acceso histórico a realidades sociales actuales", en J. RODRÍGUEZ FRUTOS (ed.), *Enseñar Historia*. Barcelona, Laia, 1989, pp. 3-52; "Sociología e Historiografía en el Análisis del Cambio Social Reciente", en *Historia Contemporánea*, núm. 4, 1990, pp. 145-172; "El presente como historia. (La idea de un análisis histórico de nuestro tiempo)", en C. NAVAJAS ZUBELDÍA (edit.), *Actas del Primer Simposio de Historia Actual de La Rioja*. Logroño, IER, 1996, pp. 17-43; "Tiempo contemporáneo y tiempo presente. Una reconsideración necesaria", en M. P. DÍAZ BARRADO (coord.), *Historia del Tiempo Presente. Teoría y Metodología*. Cáceres, Universidad de Extremadura, 1998, pp. 31-45; "La idea de una Historia del Tiempo Presente", *Edades. Revista de Historia*, vol. 3, primer semestre de 1998, pp. 101-104, "Años de una Historia nueva: la Historia del presente" en J.A. MARTÍNEZ, *Historia de España. Siglo XX, 1936-1996*. Madrid, Cátedra, 1999, (cap. XXII); "La HTP y las ciencias sociales", en C. NAVAJAS ZUBELDÍA (edit.), *Actas del Segundo Simposio de Historia Actual de La Rioja*. Logroño, IER, 2000, pp. 101-135.

actividades desarrolladas por un grupo de historiadores cuya orientación teórica se ajusta a las pautas definidas por Julio Aróstegui. Son ellos quienes más han insistido en una sustitución de los métodos tradicionales de la historia contemporánea incorporando a la historiografía las innovaciones derivadas de la revolución tecnológica y de los medios de comunicación característicos de la sociedad presente. Este proyecto ha sido también el único que ha intentado institucionalizar de forma estable la Historia del Presente. Dos momentos centrales en ese proceso han sido las reuniones científicas celebradas en Madrid y Cáceres en 1997. En octubre se celebró en la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense el seminario *Historia del Presente. Un nuevo horizonte de la Historiografía contemporánea* con participación de destacados especialistas como Bédarida, Rioux, Bernecker o Aróstegui. Los resultados fueron publicados meses más tarde en *Cuadernos de Historia Contemporánea*²³. Poco después, en noviembre, tuvo lugar en Cáceres el *Primer Congreso de Historia del Tiempo Presente* organizado por el Seminario de Historia del Tiempo Presente de la Universidad de Extremadura. A través de este Congreso se pretendió el doble objetivo de fundamentar teórica y metodológicamente la Historia del Presente y a la vez extender sus principios a los profesionales dedicados a la enseñanza de la historia del período más reciente²⁴. Desde el punto de vista editorial es en la revista electrónica *Hispania Nova* dirigida por J. Aróstegui y A. Martínez de Velasco en la que los estudios del presente están encontrando mayor eco²⁵.

No puede olvidarse en este terreno la actividad desarrollada desde 1996 en Logroño con una serie de Simposios que aunque han servido de foro permanente para la exposición y debate sobre todas las cuestiones relacionadas con la Historia del Presente, se han constituido en torno a un marco más amplio que se extiende desde el pasado reciente (desde el franquismo) hasta la actualidad y las reflexiones sobre el futuro próximo. Todo ello desde la doble perspectiva teórica/práctica de un lado y la general/local de otro²⁶.

23. En su núm. 20, 1998, pp. 15-102. Vid. la "Presentación" de Julio Aróstegui como coordinador del Seminario, pp. 15-18.

24. Las Actas se publicaron al año siguiente bajo el título *Historia del Tiempo Presente. Teoría y Metodología*. (Universidad de Extremadura, 1998). Vid. el "Prefacio" y la "Presentación", ambos a cargo del coordinador del encuentro, Mario. P. Díaz Barrado (pp. 9-11 y 13-19). Una mención merecen también (a pesar de que finalmente no acabara de consolidarse) los intentos realizados desde la Universidad Carlos III durante 1998, bajo el impulso de los profesores Rodríguez de las Heras y Aróstegui, para conformar un grupo de trabajo multidisciplinar sobre Historia del Presente (y en el que se reunió a investigadores de diversos puntos del país).

25. Puede ser visitada en el lugar <http://www.hispanianova.rediris.es>. Como el subtítulo advierte se trata de una "Revista de Historia Contemporánea", no exclusivamente del Presente (no la hay por el momento en España) y abierta a otras disciplinas como la Sociología o la Politología (vid. "Bases").

26. La estructura de estos simposios responde a ese planteamiento de la cuestión que ya su director C. Navajas hizo desde la primera edición en 1996 (vid. su "Introducción" a las *Actas del Primer Simposio de Historia Actual de La Rioja*. Logroño, IER, 1996, pp. 9-13). Sobre las relaciones entre Tiempo Presente e Historia Local puede verse el trabajo de José Miguel DELGADO IDARRETA, "La Memoria en la Historia del Tiempo Presente y en la Historia Local", en *Edades. Revista de Historia*, vol. 3, 1998, pp. 105-109.

Desde entonces el Instituto de Estudios Riojanos (IER) ha impulsado una serie de proyectos de investigación relacionados con la Historia del Presente que le han convertido en uno de los centros de referencia en este campo. Desde un punto de vista editorial los resultados de esos trabajos se recogen tanto en las publicaciones del Instituto, como en una colección específica recientemente creada bajo el nombre de *Historia del Tiempo Presente*.²⁷

4. PAUTAS PARA UNA HISTORIA DEL PRESENTE

Al margen de propuestas personales, de desarrollos divergentes en algunos puntos concretos o de debate permanente en otros, podemos distinguir una serie de elementos consustanciales a la Historia del Presente, unos rasgos que pueden ayudar a forjarnos una idea más o menos precisa de esta propuesta historiográfica.

4.1. Las fuentes: novedad y abundancia

a) *Revolución tecnológica, mass media e imagen*

Las fuentes no sólo se han multiplicado en los últimos 50 años sino que frente al documento escrito y al archivo tradicionales, el tiempo presente ha contemplado el nacimiento de nuevas fuentes de todo tipo, desde las imágenes audiovisuales a la propia red informática. Indudablemente este proceso derivado de la revolución tecnológica y del frenético desarrollo de los medios de comunicación está teniendo inevitables consecuencias para los historiadores. En primer lugar apunta con ir erosionando cada vez más el muro de piedra que desde comienzos de siglo se erigió entre humanidades y ciencias o entre ciencias humanas y/o sociales y ciencias experimentales si se prefiere. La división de las dos culturas de que habló P. Snow no puede seguir vigente en el mundo presente (menos aún podrá hacerlo en el futuro). En un mundo dominado por la ciencia no se puede hacer la historia de ese mundo sin una cada vez mayor proximidad a la propia ciencia²⁸.

Otra consecuencia de ese proceso ha sido la infinita emisión de datos, además de la rapidez instantánea y la dimensión universal con que se puede acceder a mucha de esa información. Un estudio del presente no puede ya aspirar a agotar las fuentes como en el pasado. La búsqueda y selección de las fuentes deberá hacerse por medios más sofisticados, más precisos si no queremos eternizarnos en nuestra labor. El propio avance de los soportes digitales está haciendo ya innecesario el empleo de largas fracciones de tiempo en la búsqueda de datos concretos (incluso algunos archivos comienzan a digi-

27. El número 1, coordinado por José Miguel DELGADO IDARRETA, lleva por título *Franquismo y democracia. Introducción a la Historia Actual de La Rioja* (Logroño, IER, 2000). Para los proyectos concretos que se están desarrollando en esa línea dentro del IER, vid. la "Introducción" del profesor Delgado Idarreta.

28. Una propuesta de este tipo, realizada desde el campo de ciencia, es la de Antonio Fernández Rañada, "La tensión ciencia-humanismo y la modernidad", en M. P. DÍAZ BARRADO (coord.), *Historia del Tiempo Presente...*, op. cit., pp. 47-61.

talizarse)²⁹. Y esto es algo que además tiene unas consecuencias retrospectivas, puesto que la aplicación de las nuevas tecnologías a períodos más remotos tiene resultados similares. Tomando como ejemplo la reciente y pionera edición digital de las obras completas de Menéndez Pelayo (que pronto se extenderá mediante el proyecto “Polígrafos” a muchos otros autores de la filosofía española), es posible rastrear en cuestión de segundos la vasta producción bibliográfica de Menéndez Pelayo para localizar la información demandada sobre cualquier aspecto concreto de su obra, de otras obras citadas, relaciones con otros autores o cultivo de ciertos temas³⁰.

Algo similar puede aplicarse al caso de la imagen. A diferencia de otros tipos de fuente, la imagen no es un documento exclusivo del mundo actual. Lo que sí resulta absolutamente novedoso son las posibilidades que el tratamiento de la imagen ofrece hoy. La fotografía nos proporciona un magnífico ejemplo de esa interacción entre presente, pasado e historia. La posibilidad de utilizar como instrumento historiográfico la fotografía existe al menos desde comienzos del siglo XIX, desde el momento mismo en que la propia fotografía hace su aparición en escena. Sin embargo, es sólo en este siglo XX cuando entre los historiadores ha surgido la idea de reconstruir el pasado a partir de las imágenes. Y, lo mismo que con los soportes digitales, esa herramienta de análisis de la realidad una vez conquistada para la historiografía no se ha restringido en su utilización al tiempo presente, sino que se ha hecho extensible a otros períodos. La eficacia de ese procedimiento ha quedado sobradamente constatada en trabajos como los realizados por Bernardo Riego, quien a partir de la imagen ha descubierto nuevas parcelas de la sociedad española del último cuarto del siglo XIX, hasta ahora ocultas a la mirada del historiador³¹. Por tanto, parece que algunas de las innovaciones tecnológicas y las novedades metodológicas que han supuesto para la historiografía actual no son propiedad exclusiva del tiempo presente, sino más bien nacidas en el tiempo presente, pero igualmente aplicables al pasado. Se trata, ante todo, de una nueva forma de mirar la realidad en sí, sin más restricciones cronológicas que las que los propios medios impongan en cada caso.

Todo esto no son sino ejemplos de algo que todos conocemos cada día mejor porque estamos inmersos en esta realidad, pero que al mismo tiempo nos exige un entrenamiento especial (específico) y adicional. ¿Quién no acude hoy al empleo de bases de

29. El proyecto prototipo en España fue el relativo al Archivo General de Indias en Sevilla. En una dimensión menor y sin una inversión tan espectacular (económica y tecnológica), pero de gran utilidad para quienes investigamos sobre la historia del pensamiento en un sentido amplio, comenzamos a disponer hoy de archivos digitales muy interesantes como el de la Residencia de Estudiantes (puede entrarse en la página <http://residencia.csic.es> o directamente en <http://www.archivovirtual.org>). Ésta última red de archivos digitales cuenta ya con más de 55.000 documentos y 5.000 imágenes en la red.

30. Vid. Xavier AGENJO BULLÓN y Francisca HERNÁNDEZ CARRASCAL, “La digitalización de la Biblioteca Menéndez Pelayo: 1ª fase. Menéndez Pelayo y el ‘Proyecto Polígrafos’”, en *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, LXXV, enero-diciembre 1999, pp. 507-531.

31. De entre los diversos estudios de B. Riego puede verse “Las imágenes como fenómeno cultural y de opinión pública en la primera etapa de la Restauración”, en M. SUÁREZ CORTINA (ed.),

datos realmente gigantescas merced a las cuales podemos saber en un breve espacio de tiempo todo lo que se ha escrito sobre una determinada materia? Cada vez se “vacían” más revistas incluyendo los textos de los propios artículos e incluso periódicos o hasta obras, tanto recientes como antiguas³². Uno puede hoy incluso conocer las publicaciones en las que ha sido citado. Todo ello va transformando, tanto si nos gusta como si no, nuestra propia forma de hacer (e incluso concebir) la historiografía. Aquí, como en otras materias, predomina sin embargo la incorporación tácita de estas nuevas herramientas de trabajo antes que la teorización sobre un uso adecuado de las mismas o el entrenamiento en técnicas (que las hay, por supuesto) para obtener de la moderna tecnología todos los resultados que son posibles y que habitualmente sólo en una pequeña proporción somos capaces de explotar.

b) La “Historia oral”

Quizá el lugar central dentro de la problemática en torno a las fuentes que el presente plantea a la historiografía esté ocupado por las fuentes orales. El cultivo de las fuentes orales nunca ha estado totalmente ausente en la historiografía. Con todo, un hito en el camino hacia su moderna configuración lo marcó el periodista norteamericano Allan Nevins en 1948 al crear un centro específico para la conservación y uso de las fuentes orales en la Universidad de Columbia³³. Su importancia desde entonces en el mundo anglosajón ha sido tal que se ha llegado a hablar de una “Historia Oral”, aquella “escrita a partir de la evidencia recogida de una persona viva, en vez de partir de documentos escritos”. Así la definió G. Prins al incluirla entre las “Nuevas perspectivas en la

La cultura española en la Restauración, Santander, Sociedad Menéndez Pelayo, 1999, pp. 193-219. El propio papel resulta un medio insuficiente para plasmar en su plenitud trabajos de este tipo. La imagen requiere la colaboración de la retina humana para recibir adecuadamente su información y el modelo estático que el soporte papel le impone limita en buena medida esa función. Tanto en el Congreso del que formó parte el citado trabajo (diciembre de 1998) como en la exposición de su Tesis Doctoral (junio 1998), B. Riego utilizó una serie de recursos informáticos que permitieron captar su mensaje adecuadamente. Similares limitaciones acompañan a otros trabajos de esta naturaleza como el que P.M. Díaz Barrado presentó al Congreso de Cáceres en 1997 (y que el propio autor advierte en su versión escrita), “Imagen y tiempo presente. Información versus memoria”, en *Historia del Tiempo Presente...*, op. cit., p. 82 y 89. Por contra, todas su riqueza y su utilidad quedaron de manifiesto en la aportación del propio Díaz Barrado al III simposio celebrado en octubre del 2000: “La etapa socialista: una memoria visual”.

32. Pionero en este sentido y dentro del campo de la historia de la filosofía (donde curiosamente se están dando muchos ejemplos de esa buena instrumentalización de la tecnología en favor de una disciplina típicamente humanística), es el proyecto que desde hace unos pocos años está desarrollando Gustavo Bueno Sánchez en Oviedo, bajo el nombre de “Filosofía en Español”. A través de la WEB, se está llevando a cabo toda una recuperación de la filosofía española contemporánea, por el momento en especial de la que es probablemente su parte más desconocida, el siglo XIX. Sobre este proyecto puede visitarse el lugar <http://www.filosofia.net>. También resulta interesante el proyecto virtual de la Universidad de Alicante: la Biblioteca Cervantes.

33. Vid. Pilar FOLGUERA, *Cómo se hace historia oral*. Madrid, Eudema, 1994, p. 6.

historiografía³⁴. Como el mismo historiador comenta, en una sociedad dominada por la cultura escrita las fuentes orales han revestido un carácter secundario, hasta despectivo (incluso en el mundo académico, poco dado a las innovaciones de este tipo). Algo que contrasta al mismo tiempo con un mundo que como el presente está cada vez más inmerso en una cultura de la palabra: radio, televisión, teléfono... Es precisamente frente a esa situación que surge “un movimiento que reivindica el valor de las fuentes orales en la moderna historia social como forma de proporcionar presencia histórica a aquellos cuyos puntos de vista y valores han sido oscurecidos por “la historia desde arriba”³⁵.

Una orientación de protesta que ha acompañado a la historia oral en su recepción en España. En palabras de una de sus figuras más señaladas, Mercedes Vilanova, “Al dejar aflorar voces por tanto tiempo aplastadas, no sólo escribimos una historia mejor, también contribuimos a que las fuentes orales, surgidas en situaciones límite, sean una denuncia social políticamente útil”³⁶. A su vez, ésta es una de las virtudes que prestan especial relevancia a las fuentes orales, su capacidad para dejar oír el testimonio de muchas personas y grupos sociales hasta ahora considerados sin voz, pero que en realidad habían sido los historiadores quienes no se habían detenido a escucharles. Las fuentes orales recuperarían así para la historia a los “grupos sociales no visibles”. Sin duda, uno de los más significativos entre ellos sería el integrado por las mujeres, que han sido un objeto de atención preferente en las investigaciones basadas en fuentes orales. En concreto -y en España- ambas metas han sido explícitamente anunciadas por la revista *Historia y Fuente Oral*, convertida desde 1989 en el principal órgano de expresión de la “historia oral”³⁷.

Historia y Fuente Oral, desde la Universidad de Barcelona ha sido uno de los ejes clave en la difusión y arraigo definitivo de la historia oral en España. A su lado habría que mencionar el *Seminario de Fuentes Orales de la Universidad Complutense de Madrid* y, sobre todo (y con participación del anterior) las *Jornadas Historia y Fuentes Orales* que desde 1989 se han ido desarrollando en Ávila. Este proceso de institucionalización se ha ido completando con diversos organismos de carácter regional y la recién-

34. Ése es el tema del libro coordinado por P. BURKE *New Perspectives on Historical Writing* (Se tradujo al castellano como *Formas de hacer historia*. Madrid, Alianza, 1993; ed. inglesa de 1991) en el que se incluyó el estudio “Historia oral” de G. Prins (pp. 144-76). Ese mismo año lo publicó la revista *Historia y Fuente Oral*, núm. 9, pp. 21-43 (citamos por esta edición).

35. *Ibidem*, p. 22.

36. Vid. “La historia presente y la historia oral. Relaciones, balance y perspectivas”, en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, núm. 20, 1998, p. 70.

37. Vid. la presentación que M. Vilanova (directora) y M^a. J. Buxo escriben al núm. 14 (1995), donde expresan ese “compromiso feminista” y el propósito de sacar a la luz el testimonio de esos grupos “no visibles”. El tercer gran objetivo de la revista era fomentar la “transdisciplinariedad”, algo casi inevitable en el uso de las fuentes orales y que se ha hecho más realidad si cabe desde su número 15, a partir del cual se titula *Historia, Antropología y Fuente Oral*. La iniciativa de esta publicación partió del Seminario que sobre fuentes orales se estableció previamente en la Universidad de Barcelona.

te propuesta para una Asociación a nivel Nacional impulsada por Mercedes Vilanova (presidenta de la Asociación Internacional de Historia Oral)³⁸.

Los avances fruto de estos esfuerzos de divulgación a través de publicaciones, Congresos e Instituciones han sido considerables. Si en un primer momento la llamada a la utilización de las fuentes orales tuvo que lidiar con prejuicios en torno a la subjetividad de los testimonios orales frente a las fuentes escritas, pronto se impuso la idea de que el recurso a estas nuevas fuentes por el historiador no podía ser ignorado³⁹. No se trataba ya de la posibilidad de usar fuentes orales como una especie de “arte menor” cultivado por algunos científicos sociales, sino de la necesidad de completar las lagunas informativas de las fuentes escritas en ese segundo archivo” que los protagonistas ofrecían al investigador⁴⁰. Tanto es así que el propio nombre (de origen anglosajón) de Historia oral se hacía innecesario. Se trata más bien de una historia “sin adjetivos”⁴¹. El uso de fuentes orales no podía dar nombre a una historia específica, ya que toda historia del presente debía emplear esas fuentes. Hay que hablar pues de fuentes orales no como un tipo de historia sino como “una técnica específica de investigación contemporánea”⁴². Una técnica que se ha ido depurando con el tiempo y que ya se ha aplicado con éxito en numerosos casos. A la fase de perfeccionamiento metodológico centrada en la confección de entrevistas, modos de transcripción, etc.⁴³, ha seguido en la actualidad otra más volcada en los resultados, en la aplicación a trabajos históricos concretos mejorando su calidad al aportar una serie de detalles que las fuentes escritas no pueden ofrecer.

4.2. Historia y Memoria

El estudio de la Memoria es algo que la filosofía o la sociología habían emprendido de una forma particular desde finales del siglo XIX. Dentro de esa tradición Maurice Halbwachs escribió en 1935 *Les Cadres sociaux de la memoire*, una obra clave para el reconocimiento definitivo de una de las varias formas que la memoria podía revestir: la memoria colectiva. El progresivo desarrollo de la sociología de la memoria en los años posteriores acabaría llamando la atención de los historiadores hasta que en 1960 A. Dupront llegara a afirmar que “la memoria colectiva es la materia misma de la historia”.

38. En octubre (como siempre) del pasado año 2000 se celebraron en Ávila las VII Jornadas que tuvieron como tema “Memoria e Identidad”. Sobre este proyecto véase el prólogo a *Jornadas “Historia y Fuentes Orales”*. *Historia y Memoria del Franquismo. 1936-1978*. Ávila, 1994, pp. 11 y 12. Sobre los últimos proyectos de institucionalización, vid. M. Vilanova “La Historia presente...”, art. cit., pp. 69-70.

39. Vid. M. VILANOVA “La Historia presente...”, art. cit., p. 63. Para la autora este tipo de polémicas centradas en cuestiones metodológicas fue “estéril” y tuvo por resultado el aislamiento de los promotores de las fuentes orales en un “gueto inútil”.

40. Vid. G. PRINS, “Historia oral”, art. cit., pp. 41 y 42.

41. Tal nombre ha propuesto M. Vilanova. Vid. “El combate en España, por una Historia sin adjetivos con fuentes orales”, en *Historia y Fuente Oral*, núm. 14, 1995, pp. 95-116.

42. P. FOLGUERA, op.cit., p.7.

43. Sobre los modos de llevarse a efecto estas prácticas vid. el citado libro de Pilar FOLGUERA, pp. 39-72.

Una idea que irá calando en la historiografía y que será definitivamente consolidada merced a los trabajos de Pierre Nora a finales de los 70⁴⁴. Es el mismo autor quien inicia en los años 80 la publicación de una serie de volúmenes en torno a “Los lugares de la memoria” que recorre la historia de Francia en busca de los referentes históricos (desde acontecimientos o personajes hasta símbolos e iconografía) que conforman la esencia de la Francia de hoy. Su trabajo se ha convertido en una referencia inexcusable en los debates posteriores sobre las relaciones entre historia y memoria⁴⁵. Al margen de las discusiones sobre esa compleja relación, la memoria se ha convertido en un nuevo campo, en un objeto de la historiografía que poco a poco va sondeando todas sus posibilidades, ya que la propia noción de memoria va acompañada de otras ideas como el olvido, la nostalgia, el silencio, la mitificación..., es decir, toda una serie de procesos a los que cualquier reconstrucción histórica del recuerdo va dando lugar con el tiempo y que al historiador toca rastrear⁴⁶.

Y debe hacerlo en el presente porque el “lugar epistemológico” de la memoria es justamente el presente, la evaluación que desde el tiempo presente se hace del pasado⁴⁷. En el balance que Josefina Cuesta ha realizado sobre la forma en que la memoria histórica está siendo tratada por los historiadores se puede comprobar cómo los sujetos de análisis se han concentrado preferentemente en la clase, el pueblo y la nación. La memoria incluso se ha institucionalizado en asociaciones para el recuerdo, se ha probado un elemento esencial para la identidad. ¿Cómo explicarse si no la proliferación actual de conmemoraciones, museos y otras formas colectivas de actualizar el pasado, de recuperación instantánea o permanente del recuerdo, de memoria, en definitiva?⁴⁸

44. Vid. Josefina CUESTA (ed.), *Memoria e Historia*, en AYER, núm. 32, 1998. En especial el artículo de P. NORA, “La aventura de Les lieux de mémoire”, pp. 17-34 y el de Gérard NAMER, “Antifascismo y “la memoria de los músicos” de Halbawachs (1938)”, del que tomamos la información sobre Holbawschs (p. 35) y de la propia J. CUESTA “Memoria e historia. Un estado de la cuestión” (de la p. 203 procede la alusión a Dupront).

45. Es además, como sucede con la fuente oral, uno de los elementos del análisis del presente más típicamente transdisciplinares. Un ejemplo práctico de análisis desde la Antropología en A. MONTESINO GONZÁLEZ, “Los lugares antropológicos de la Memoria”, en A. MOURE ROMANILLO y M. SUÁREZ CORTINA (eds.), *De la Montaña a Cantabria. La construcción de una Comunidad Autónoma*. Santander, Universidad de Cantabria, 1995, pp. 403-431.

46. Un buen ejemplo puede encontrarlo el lector en el trabajo de Omer BARTOV, “Intellectual on Auschwitz: Memory, History and Truth”, en *History and Memory. Studies in Representation of the Past*, 87-117. El autor se centra en el lugar central que el Holocausto ocupa en la memoria colectiva europea, de la cual no puede segregarse ni olvidarse por mucho que se intente. La revista es editada por el Instituto *Eva and Marc Besen* para el Estudio de la conciencia histórica ubicado en la Universidad de Tel Aviv y es buena muestra del auge de este tipo de preocupaciones dentro de la historiografía.

47. Para Nora la memoria es un “lugar vivido como presente eterno” (*Les lieux de mémoire*. París, Gallimard, 1984, tomo I, p. XVII).

48. Vid. J. CUESTA “Memoria e historia...”, art. cit., pp. 208-215.

El concepto de memoria se presenta tan determinante en la idea misma de presente que los historiadores más destacados de esta corriente hacen de ella un auténtico elemento distintivo esencial. Así, para Díaz Barrado la memoria es una exigencia del presente entendido como el pasado que influye, que determina el presente y del que la memoria parece un vehículo privilegiado. Hasta tal punto es así que le parece al autor que “los historiadores seremos los expertos del siglo XXI en la memoria social o colectiva”⁴⁹. Para Rodríguez de las Heras la memoria no sólo constituye uno de los principios clave de la Historia del Tiempo Presente, sino que la función de este tipo de historia radica precisamente en superar los problemas de memoria de que adolece una sociedad sobreinformada como la actual. Ante las avalanchas de información que pasan sobre nuestros ojos cada día (“ver”) lo determinante es la capacidad de “volver a ver” que proporciona la memoria. Eso es lo que cuenta para el Historiador del Presente, no lo que ve sino lo que vuelve a ver, aquello sobre lo que se hace memoria⁵⁰. Finalmente, la memoria llega a ser tan determinante para la noción de Historia del Presente propuesta por estos autores que para Arostegui es “la memoria social viva” la que determina “el punto nodal” de la Historia del Tiempo Presente. La idea de presente está unida a la de la memoria. En buena medida es la memoria la que crea presente. Por eso es sondeando la memoria colectiva, la memoria de la sociedad en que vive como el historiador puede determinar cuál es el tiempo presente para esa sociedad⁵¹. La memoria tiene la capacidad de hacer presente, socialmente vivo, el pasado con independencia de que haya transcurrido más o menos tiempo. De ahí que el historiador del presente necesite desarrollar una especial capacidad para sondear esa memoria, para desvelarla.

4.3. Un “Tiempo presente”

Desde un principio los historiadores del presente han hecho de la cuestión del tiempo un elemento central de la nueva perspectiva historiográfica que deseaban representar. La incorporación de un tiempo considerado presente resultaba novedosa frente a la idea dominante de que la historiografía se ocupa de un tiempo pasado. Los autores franceses que iniciaron la incorporación de un tiempo presente a su trabajo encontraron fuertes resistencias dentro de la profesión, además de dificultades añadidas procedentes de la propia idea de tiempo presente. A nadie se le escapaba que cualquier reflexión filosófica en torno al presente como tiempo acabaría negando su existencia. El tiempo en general (no sólo el histórico) puede ser pasado o futuro, pero nunca presente. El presente se desvanece ante su propia presencia, desaparece tan pronto como llega, pues al hacerse presente es ya pasado. En el mejor de los casos el presente representaría una imperceptible y fugaz línea del tiempo imposible de aprehender.

Por esas razones una historiografía que pretenda hacer del presente su elemento central deberá definir su idea de presente desde otra perspectiva. Ya no se tratará de que el tiempo sea realmente presente, sino que lo importante para la historiografía es que

49. Vid. su citada “Presentación”, pp. 13 y 15, para las citas literales.

50. Vid. “Principios de Historia del Tiempo Presente”, en M. P. DÍAZ BARRADO, *Historia del Tiempo Presente...*, op. cit., pp. 23, 24 y 28.

51. Vid. “Tiempo contemporáneo y tiempo presente...”, art. cit., pp. 42 y 44.

esté presente. Adoptar este punto de vista con una mínima coherencia conlleva otra serie de cuestiones. La más importante de ellas es la de que el rango del nuevo tiempo histórico (no en el sentido de pasado, sino como objeto de la historiografía) se amplía notablemente. Si lo que importa a la Historia del Presente es aquel tiempo que está presente en cada sociedad en un momento dado, no podrá contentarse con el tiempo pasado porque el futuro posee una virtud semejante. El futuro como tiempo aún no es, pero su próxima llegada crea una serie de expectativas en los individuos que lo hacen presente. En consecuencia una definición rigurosa del tiempo presente así entendido debe abarcar todo tiempo, pasado y futuro.

Los problemas que esta concepción del tiempo suscita son variados, además de muy complejos. El más obvio de ellos quizá sea el referente a la extendida convicción de que la separación entre presente y pasado es uno de los requisitos indispensables para la constitución de “un objeto histórico no contaminado de intereses prácticos”. Es decir, que debe existir una brecha entre “proposiciones de hecho y proposiciones de valor”. Este tipo de planteamientos epistemológicos son difíciles de sostener, si tenemos en cuenta que todo historiador (como el resto de los mortales, incluidos los pretendidos “observadores objetivos” que curiosamente renuncian a su condición vital de “sujetos” para “cosificarse” de algún modo) participa de unas determinadas instancia éticas y políticas (por no entrar en muchas otras, como nuestro “locus social”). En estos términos ha planteado recientemente la cuestión María Inés Mudrovcic, quien concluye afirmando que “somos seres históricamente situados y que ésta constituye *nuestra ineludible situación finita* desde la que interpretamos y reinterpretamos el pasado”⁵². De hecho, nos parece más peligrosa la pretensión de quienes creen poder observar objetivamente el pasado (desde la segura distancia epistemológica que proporciona el tiempo), que la de aquellos que parten de esta postura consciente de las limitaciones de origen y buscan en otros mecanismos la vía para una reconstrucción plausible de la Historia.

Si resultaba difícil extender entre algunos historiadores la idea de que el tiempo pasado más reciente debía ser objeto de la historiografía, pensar en la posibilidad de que también el tiempo futuro (en su dimensión como presente) tuviera cabida en la disciplina es algo ya que desborda cualquier práctica precedente. Los propios Historiadores del Presente encuentran problemas en acomodar esta concepción del tiempo con sus resultados lógicos, con la dedicación de los historiadores a ocuparse de esa parte del futuro que se manifiesta como presente de las sociedades. En torno a esa puerta que la idea de tiempo presente deja abierta se ha configurado la denominada Prospectiva⁵³.

El otro aspecto del tiempo presente que más controversia ha despertado entre los historiadores es el cronológico. Aunque la definición del tiempo presente es indepen-

52. Vid. su artículo “Algunas consideraciones epistemológicas para una ‘Historia del Presente’”, en *Hispania Nova* (hispanianova.rediris.es/0306.htm, consultado el 05 de mayo de 2000), 13 pp. Las citas en pp.4 y 11. La cursiva es nuestra.

53. Un balance de esta cuestión ha sido presentado por C. NAVAJAS ZUBELDIA en “Jano vs. Clío. La Historia del Tiempo... Futuro”, *Actas del II Simposio de Historia Actual...*, op. cit., pp. 37-81.

diente a cualquier cronología, carece de fechas fijas de comienzo o final, existe una necesidad práctica de concretar cuál es el presente. Todos sabemos cuál es nuestro tiempo, el tiempo vivido, pero tampoco éste es sinónimo, sin más, de presente. Como la clave reside en desentrañar esa memoria colectiva, ese pasado (o futuro) que se hace presente en cada sociedad, los historiadores han tratado de desentrañar nuestro tiempo presente actual, el presente de la sociedad española de finales del milenio (un debate susceptible de repetirse cada cierto tiempo, cada vez que un nuevo tiempo se convierta en presente de nuestra sociedad). Y la diversidad de opiniones, incluso entre los especialistas del presente, no hace sino confirmar la complejidad de la noción de presente. Al tiempo se confirma la tendencia a converger con la práctica seguida en otros países de equiparar tiempo presente con el posterior a la II Guerra Mundial. En España el presente podría comenzar años antes, coincidiendo con el final de la Guerra Civil (que tanto en la realidad como en la memoria colectiva pudo tener un efecto similar en cierto sentido al de la Guerra Mundial en otros países)⁵⁴. Otros autores han precisado que es el periodo de transición a la democracia en el que se dan cita las características propias del tiempo presente⁵⁵. Siguiendo esas mismas pautas que exige el presente y prestando especial atención a las distintas generaciones, su presencia en la sociedad actual, etc., hay quien sitúa el presente en los años finales del franquismo. Los años 60 iniciaron una serie de cambios en España que forman parte de la experiencia vivida, al tiempo que la memoria histórica dominante de la sociedad actual, la de su generación activa⁵⁶.

HISTORIOGRAFÍA, OTRAS CIENCIAS SOCIALES Y PERIODISMO: CONVERGENCIA Y DIFERENCIAS

Una de las grandes preocupaciones de los historiadores del presente es la de delimitar su tarea en el nuevo campo historiográfico. Del presente se ocupan desde sus propias perspectivas otros científicos sociales (no vemos ninguna razón para excluir de este grupo a la historiografía). En el pasado ya los historiadores habían llegado a la convicción de que era precisa una colaboración entre la historiografía y otras disciplinas como la Filosofía, el Derecho o la Economía. Desde que el siglo XIX rompe con el antiguo modelo de humanista y una a una las diferentes ramas del saber (la propia historiografía incluida) se van separando de la Filosofía, entendida en sentido general, se hizo francamente imposible para ninguna de ellas explicar las sociedades modernas cada vez más complejas desde un único punto de vista. Se diseccionó a la propia sociedad en una serie de parcelas (demasiado estancas, a veces) como la economía, el derecho, la cultura, la

54. Así, por ejemplo, Mercedes VILANOVA la hace arrancar de 1936 en su trabajo “L’histoire du temps présent en Espagne”, en *Ecrire l’histoire du temps présent...*, op. cit., p. 89.

55. Para Aróstegui esa parte final del siglo XX es “historia del presente”. Vid. “Años de una historia nueva: la historia del presente”, en op. cit., pp. 245-250.

56. La propuesta procede de un buen conocedor (y cultivador) de nuestra historia reciente como es Abdón MATEOS. Vid. su artículo “Historia, Memoria, Tiempo Presente”, en *Hispania Nova* (<http://hispanianova.rediris.es/991104.htm>), 9 pp. La acotación cronológica 1959-1989 se corresponde con los 30 años que por término medio abarca cada generación (la generación activa hoy en España en este caso).

política, y dentro de cada una de ella una serie casi infinita de subdivisiones. Los propios historiadores se fueron especializando en historia de las religiones, historia del pensamiento, de las ideas, de la economía, etc. En torno a esos campos convergieron inevitablemente especialistas de ambas disciplinas; así en historia del derecho hubo historiadores y juristas, en la historia de la filosofía lo mismo o en la economía o incluso en la historia de la ciencia, en la que médicos, químicos o físicos a veces se han interesado. La respuesta a esa realidad fue la denominada “interdisciplinariedad” que por un tiempo ha estado de moda (y no deja hoy de cultivarse). Lo que parece claro es que un historiador, en esa especie de saber de síntesis que se pretende, de conocer todos los aspectos de la realidad no podría entender el ordenamiento jurídico y administrativo sin conocer bien la ciencia del derecho, ni estudiar el funcionamiento económico sin conocer los principios de la ciencia económica. La tónica cada vez más es que sean especialistas de cada disciplina quienes aborden la historia de ese campo (a cuyos trabajos acude el historiador de un determinado período si quiere ofrecer una visión general del mismo).

En ese caso eran más bien los filósofos, literatos, juristas o economistas quienes lanzaban una mirada retrospectiva para hacer la historia de su propia disciplina (a veces incluso como una ocupación “marginal” dentro de la profesión; un historiador del derecho o de la filosofía o de la economía eran parte menor de la profesión frente a economistas, filósofos o juristas “puros”). El campo predilecto de las otras disciplinas era el presente, la sociedad actual era su terreno de investigación. Con la arribada de la historiografía a este terreno se invierte el proceso, es el historiador el *outsider* de alguna forma. Pero algunos historiadores del presente no se han conformado con aportar al análisis del presente el método más propiamente histórico, es decir, la perspectiva histórica, una densidad temporal que aborda el presente como parte de un proceso anterior, de un continuo en el tiempo, ya que ciertas facetas del presente solo bajo esa perspectiva histórica pueden entenderse bien. Pero además proponen no ya una interdisciplinariedad sino una “transdisciplinariedad”, algo cercano a la entrada del historiador en esos campos. Así como el economista o el filósofo que quería hacer la historia de su especialidad debía formarse en la historia, conocerla, los historiadores deberán tener una adecuada formación en los campos de otras ciencias sociales. La Historiografía ya no puede ir a cola de las propuestas teóricas y metodológicas de otras disciplinas, sino crear las suyas propias, ser capaz de aportar por sí misma elementos de valor al análisis del presente, además de compartirlas con aquéllas, de hacer uso de herramientas comunes.

Esa convergencia se da especialmente, por la inevitable proximidad, con la sociología y la antropología. Lo que se produce es una “convergencia de intereses” que obligan a una “nueva y estrecha relación”⁵⁷. En relación con la Sociología el caso es problemático, ya que ambas disciplinas se ocupan del cambio social en el pasado y en el presente. De acuerdo con uno de los puntos de vista más radicales en este sentido, la

57. La breve exposición que sigue toma como referencia permanente el texto de J. ARÓSTEGUI, “El análisis histórico de los social y la naturaleza de la historia del presente”, que es a nuestro juicio donde con más detalle y claridad quedan presentadas las relaciones historiografía/sociología/antropología (art. cit.).

Historia del Presente no puede someterse a las tradicionales parcelaciones sectoriales. Ya no se puede limitar a ser historia política o social. La Historia del Presente debe orientarse hacia un análisis social bajo el signo de la temporalidad. Si la sociología pone el énfasis en el estudio de procesos sociales concretos y determinados, la Historia del Presente analiza el “proceso central” de la sociedad en cada momento. Es decir, que si una identifica procesos la otra descubre “orientaciones globales” en el tiempo. Otro matiz vendría dado por el grado estático del análisis sociológico y la insistencia de la historia en presentar “relaciones dinámicas”.

La antropología desde Malinowsky o Levi-Strauss, desde el funcionalismo o el estructuralismo han influido notablemente a la historiografía moderna. Como en el caso de la sociología histórica, en algunos casos como la etnohistoria o la antropología histórica se ha producido una convergencia al filo de la identidad o la confusión con orientaciones historiográficas como la microhistoria o la historia de la vida cotidiana. La realidad es que mientras la antropología se ha hecho histórica en cierto sentido, merced a su utilización de materiales históricos, la historia de la cultura ha empleado a su vez importantes aportaciones antropológicas. Lo que se establece es un auténtico marco de compatibilidad y relación estrecha entre las tres disciplinas conforme a la mencionada transdisciplinariedad. Las diferencias quedarían reducidas a los puntos de partida de cada disciplina: la experiencia temporal y la percepción del cambio en la historiografía, frente a los contenidos estrictamente culturales o la concentración en lo simbólico y en el mundo de la representación en el caso de la antropología.

Con todo, la mayor preocupación en el ámbito de los solapamientos profesionales es la relativa al periodismo. Al margen de las constantes indicaciones en este sentido por parte de los historiadores⁵⁸, nada mejor que un caso de estudio sobre el que comprobar la forma en que el presente se puede analizar y se está analizando hoy. Se trata únicamente de un ejemplo parcial que con más tiempo y espacio podríamos ampliar y extender a otros muchos. Para ello hemos elegido la “transición a la democracia” por ser un periodo en el que concurren especialistas de varios campos de investigación, por ubicarse cronológicamente en el presente, por ser su memoria una parte viva de la generación actual, por ser posible utilizar todas las modernas fuentes y técnicas de estudio, etc.; es decir, por converger sobre ella de forma paradigmática casi todos los puntos sobre los que hemos tratado en las páginas precedentes.

Siendo imposible de abordar aquí la ingente cantidad de estudios con los que contamos ya sobre el período, podemos centrar nuestra atención brevemente en tres de ellos, todos con carácter global, dejando al margen los de carácter más concreto y local que permiten quizá mayores posibilidades de utilizar nuevos métodos. Proponemos

58. Quizá quien más haya insistido en marcar estas diferencias haya sido Javier Tusell (por ejemplo en “La transición política: un planteamiento metodológico y algunas cuestiones decisivas”, en J. TUSELL y A. SOTO, *Historia de la Transición y consolidación democrática en España (1975-1986)*. Madrid, Alianza, 1996, pp. 109-121). El estudio más detallado y específico pertenece a Josefina Cuesta, “Historia del Presente y Periodismo”, en M. P. DÍAZ BARRADO, *Historia del Tiempo Presente*, op. cit., pp. 131-157.

comparar en algunos aspectos un relato típicamente periodístico, otro de orientación politológica y sociológica y un tercero realizado desde la historiografía. Uno de los mejores ejemplos de periodismo de investigación, como la obra de Victoria Prego, *Así se hizo la Transición* originalmente dirigida a una emisión televisiva y luego editada como libro⁵⁹. Desde la perspectiva de la sociología y la politología destaca el trabajo coordinado por Ramón Cotarelo, *Transición política y consolidación democrática*⁶⁰. Como trabajo historiográfico sirve para nuestro análisis la monografía de Javier Tusell, *La transición española a la democracia*⁶¹.

Comenzando con V. Prego, su trabajo es ejemplar en la utilización de fuentes orales, hemerográficas, audiovisuales y memorias escritas por los protagonistas o testigos de la transición política. Un tipo de materiales al que los profesionales de la información están acostumbrados. Sin embargo, hay ausencia de una bibliografía secundaria, de confrontar la propia visión general del período con las tesis defendidas por otros especialistas que previamente han escrito sobre la misma cuestión (y para cuando la obra de V. Prego fue escrita existía ya una larga lista de trabajos de ese tipo). Se echa en falta igualmente una reflexión preliminar en torno a esas fuentes (su naturaleza, las dificultades que ofrecen, las posibilidades de consulta) y, lo más importante, una evaluación crítica de las mismas. Tampoco se ha recurrido a ciertos archivos ya disponibles, que parecen seguir estando reservados o asociados únicamente al trabajo del historiador). Pero además las fuentes se utilizan sobre todo para precisar datos porque lo que prima a lo largo de la obra es la información. La clave no está tanto en analizar, en explicar, como en narrar, en informar. El relato es puramente cronológico, antes que temático y el acontecimiento es lo dominante, hasta el punto de que el lector tiene la sensación de encontrarse ante una crónica periodística, como una columna diaria prolongada en el tiempo. A su vez la propia cronología carece de perspectiva histórica. La irrupción en la escena del partido socialista o de la violencia terrorista no lleva a contextualizar históricamente ambas realidades de manera que se facilite su comprensión. El lector irrumpe en la historia de España de forma violenta, cuando hoy es sabido que un conocimiento previo de la fase de pre-transición (los últimos años 60 o al menos los primeros 70) es imprescindible para ello. Con la misma brusquedad se finaliza el relato en 1977, como si con la apertura de las primeras Cortes democráticas se hubiera puesto fin a la transición. Precisamente sobre este punto historiadores, politólogos, etc., han establecido todo un debate crucial para determinar cuándo realmente se puede considerar establecido un régimen puramente democrático o cuándo y a partir de qué hechos se puede considerar consolidado ese mismo sistema.

59. Madrid, Plaza & Janes, 1996. En este caso la edición en papel no permite acompañar al texto de los materiales audiovisuales que se incluyen en el trabajo tal y como se emitieron en TVE2 en su momento (y que está disponible en videocassettes).

60. Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1992. En la figura de Cotarelo se funden además la imagen del científico social y el analista del presente desde los medios de comunicación (participó durante algún tiempo en las tertulias radiofónicas de Honda Cero, programa "Protagonistas").

61. Madrid, Historia 16, 1997 (II vols.). Existe una edición en un solo volumen.

Frente a ello hay un análisis que obvia más lo cronológico en cuanto a su desarrollo concreto. Se pasa del acontecimiento a las categorías, a las estructuras y a los grandes procesos, a veces incluso tomados un poco atemporalmente porque importa más crear modelos, analizar comparativamente, etc. El propio Cotarelo afirma en su presentación que “aunque no se ignore que la transición es susceptible de un análisis historiográfico, en este libro hemos presentado una visión politológica del fenómeno”. Por eso lo que importa más que la reconstrucción de todos los aspectos de la transición, o de su desarrollo pormenorizado en el tiempo es el “análisis funcional” de “aspectos específicos del sistema político”. Como ejemplo de análisis politológico podemos tomar el capítulo escrito por uno de los autores más destacados en este campo, Juan José Linz. Su trabajo sobre “La transición a la democracia en España en perspectiva comparada” proporciona una muestra perfecta de este tipo de enfoques⁶². Para Linz lo importante es determinar antes que nada el tipo de régimen de partida. Dado que existen diversidad de regímenes no democráticos hay que saber desde qué tipo de sistema político se transita a la democracia. Así se toma parte en el largo debate sobre el franquismo español y con el fin de determinar si se trata de un régimen autoritario, dictatorial personal, militar o de otro tipo, etc. Por eso lo que más le interesa son determinados rasgos concretos (políticos fundamentalmente) que sirven para caracterizar cada régimen. Y todo eso es así porque el objetivo es establecer un modelo que a su vez sirva para compararse con las transiciones sucedidas en otros países. Se trata, pues, de comprobar si una serie de elementos clave se producen por igual en cada país, de establecer semejanzas y diferencias, por ejemplo, entre el caso portugués y el español o el entre éste y el chileno.

Finalmente, el trabajo de Tussell no renuncia a tener en cuenta estos resultados de los análisis politológicos y enmarca a España en la tercera oleada de transiciones. Habla también de la existencia de otras transiciones, como la portuguesa, aunque la relación con ellas no es el objetivo de su estudio. Y hace eso porque Tussell sí tiene en cuenta la densa bibliografía secundaria sobre la transición producida en diversos campos. Es decir, su relato se realiza en referencia a y en diálogo permanente con ese tipo de estudios politológicos, sociológicos..., pero al tiempo con otros relatos historiográficos (matiza tesis existentes sobre cada aspecto, las discute o presenta explicaciones alternativas documentalmente fundamentadas). Además, las fuentes utilizadas son objeto de ese permanente contraste, somete a crítica cada una de las fuentes empleadas, como en el caso de las memorias que no por ser testimonios de época y de protagonistas relevantes se pueden ver libres del análisis crítico propio del método histórico. Hay incluso un balance de fuentes disponibles, de archivos interesantes para estudiar el tema... Entrando en la Transición en sí, se ocupa de analizar todos los procesos centrales de la misma que además son susceptibles de consideraciones retrospectivas en algunos momentos de la narración (el tiempo se hace denso, histórico y puede retrotraernos momentáneamente hasta la II República, por ejemplo). Al tratar de una de esas cuestiones, la electoral, no se limita a informar sobre resultados (como en el caso de Prego) sino que hay una serie de consideraciones políticas y sociológicas sobre el perfil social e ide-

62. En las pp. 431-457 de la citada obra compilada por Cotarelo.

ológico de los electores de cada partido, sobre su procedencia geográfica, su medio de vida (urbano o rural)... La conclusión del texto no prescinde ni de una argumentación sobre la fecha escogida (en este caso 1982 por suponer la llegada al poder de una fuerza democrática de izquierda, la alternativa política en el poder como parte de un funcionamiento normal del sistema democrático), ni de unas conclusiones derivadas de los hechos analizados a lo largo de ese texto.

5. HISTORIA CONTEMPORÁNEA Y PRESENTE

Al margen de este énfasis en la dimensión teórica, en la construcción de un marco metodológico al que ajustar la Historia del Presente, se ha realizado también una historia del presente *de facto*. La historiografía contemporaneísta representada en buena medida por la Asociación del mismo nombre y con su organismo de expresión en la revista *AYER* dedicó recientemente un monográfico a *La Transición a la democracia*. Sin consideraciones metodológicas ni teóricas especiales se abordan los puntos claves de la transición en España haciendo un ejercicio práctico de historia del presente (sin ningún prejuicio, por tanto, hacia el análisis histórico del pasado más reciente). La misma revista ha dado cobijo a estudios relacionados con algunas de esas preocupaciones más en boga, como la *Memoria*, en un número coordinado por Josefina Cuesta, o la *Imagen*, en otro del que se hizo cargo M. P. Díaz Barrado. Es decir, que en *AYER* han hecho eco las propuestas y realizaciones de los principales historiadores del presente. Algo que no puede sorprendernos cuando la propia revista define así sus objetivos y campo de acción: “Ayer es el día precedente inmediato a *hoy* en palabras de Covarrubias. Nombra al pasado reciente y es el título que la Asociación de Historia Contemporánea ha dado a la serie de publicaciones que dedica al estudio de los acontecimientos y fenómenos más importantes del pasado próximo...”⁶³.

Lo que se deduce del pasaje que acabamos de transcribir es que la propia historiografía contemporaneísta no ha renunciado nunca en España al estudio del presente, en el sentido de pasado más próximo al historiador y de hecho ha canalizado a través de sus organismos la investigación y difusión tales estudios. El “ayer”, entendido en ese sentido cercano en el tiempo, es parte del presente, parte de nuestro tiempo, del tiempo que vivimos o como queramos expresarlo. Es más, no parece que haya motivos suficientes para considerar anclada en el pasado remoto al conjunto de una profesión que en una representativa parte de la misma, como la que pertenece a la AHC, no excluye el presente como ámbito cronológico de la historiografía; que tampoco hace caso omiso de algunas de las herramientas teóricas y metodológicas más importantes para abordar ese presente, como son la Memoria, las fuentes Orales o la Imagen y probablemente en el futuro otras muchas, a medida que se vayan configurando con más o menos solidez. No nos parece, en consecuencia, que exista una contradicción, ni antagonismo alguno entre la historia contemporánea y la del presente tal y como las propuestas realizadas desde este último ámbito parecen dar a entender al adjetivar como “clásico” o “tradicional” el

63. La cita puede encontrarse en la página interna de cualquier número de la revista. Los monográficos citados corresponden respectivamente a los números 15 (1994), 24 (1996) y 32 (1998).

enfoque adoptado por los historiadores de contemporánea. La oposición a un tratamiento histórico del tiempo corto, del presente, procede más de otros ámbitos cronológicos de la historiografía, como el medieval o el modernista, por ejemplo, que de los propios contemporaneistas. Lo que sucede es que el siglo XIX (al que gran parte de ellos se dedican) ni demanda ni posibilita algunas de las herramientas que el siglo XX exige. Pero en todos los ámbitos sigue existiendo un tipo de metodología y forma de trabajar característico de la historiografía en general (método histórico) del que no está eximido siquiera el siglo XX. De hecho, los historiadores además de insistir en incorporar nuevas fuentes y métodos de análisis no deben olvidar usar el método histórico, llevar la perspectiva histórica al presente. Ése seguirá siendo por mucho que nos esforcemos el principal rasgo de distinción del trabajo del historiador (incluido el del presente) frente a otros profesionales como politólogos o periodistas. Incluso al utilizar fuentes orales, imágenes o la propia memoria -parcelas todas en las cuales los historiadores no hemos hecho sino seguir el camino indicado por sociólogos, filósofos o periodistas antes que nosotros (reconozcámoslo)- no debemos hacer de eso algo característico ni definitorio del historiador del presente porque como sucede en el caso de las fuentes orales ya no se trata de una cuestión de elección, de alternativa posible, sino imperativo de un análisis de la actualidad. Lo que seguimos aportando los historiadores es el carácter histórico de la memoria, el uso histórico de las fuentes orales o de la imagen.

Y como siempre es necesario ilustrar este tipo de consideraciones teóricas con casos concretos, debemos mencionar al menos algunos ejemplos, sin afán de ser exhaustivos en la nómina, que muestran que desde luego no es aplicable al conjunto de los historiadores y menos aún a los contemporaneistas esa adjetivación de clásicos o tradicionales por una supuesta aversión al “presente”. De hecho, vamos a referirnos justamente a algunos de los historiadores precisamente “clásicos” en la historiografía contemporánea española, en el sentido de que sus trabajos han sido referencias universales dentro de la profesión. Y la alusión a ellos es aún más necesaria cuando hay algunas contribuciones esenciales que nunca aparecen mencionadas al tratarse la cuestión del presente. Ni siquiera esta propia idea del presente les ha sido ajena, aunque no le hayan dado la carga teórica que la Historia del Presente luego ha ido construyendo en torno a ella.

Uno de esos casos de imposible olvido es el de Manuel Tuñón de Lara. Cuando en los años 60 escribió una Historia de *La España del siglo XX*, estableció una barrera cronológica en el año 1939⁶⁴. Para entonces, en pleno franquismo (aunque escribía desde su exilio Francés en la Universidad de Pau), Tuñón de Lara era consciente de las implicaciones políticas e ideológicas que podía conllevar el análisis de períodos como la II República, no demasiado lejana en el tiempo (era aún el “presente” de, entre otros, una generación de exiliados españoles) y desde luego proscrita ideológicamente por el régimen. Para ello el antídoto que da Tuñón es el mismo que los historiadores del tiempo presente franceses siguen hoy recalando: la honestidad profesional (que puede entenderse en el sentido de la neutralidad ética de Weber), pero sobre todo una característica del historiador, de su profesión, la búsqueda de la verdad (noticiable o no). En eso consiste el trabajo del científico.

64. *La España del siglo XIX*. Barcelona, Editorial Laia, 1974 (3ª ed.), tomo 1, pp. 11-12.

Después de la mencionada fecha (1939) se había producido un tremendo cambio. Para Tuñón la segunda mitad del siglo XX (escribe para la tercera edición de su obra en 1974) había traído modificaciones radicales en todos los órdenes con respecto a la primera. Después de la II Guerra Mundial se estaba conformando un mundo nuevo. Un mundo que no dudó en tratar historiográficamente cuando asumió la dirección de una *Historia de España* de la editorial Labor en los años 80. La serie había concluido con su décimo volumen que abarcaba hasta el franquismo. Sin embargo, Tuñón era sensible a la demanda que por esos años existía sobre el período más reciente, la transición. Así que decidió añadir un volumen X** que se ocupara de ella. En la “Introducción” a ese volumen Tuñón demuestra ser totalmente consciente de las implicaciones, del reto que suponía en ese momento escribir la historia de los años recién pasados (1973-1985). Unas dificultades que estribaban -en su opinión- en la carencia de archivos oficiales, pero sobre todo en unos hechos “demasiado cerca de nosotros”. Hasta el punto de que se pregunta ¿Sería verdaderamente historia?⁶⁵

La solución que Tuñón da es francamente moderna. En primer lugar, acepta el reto, es decir lo considera posible. Y, en segundo lugar, plantea su desarrollo de manera magistral, tanto en la forma de llevarlo a cabo para suplir las dificultades como en las aportaciones que la historiografía puede hacer al estudio de la transición. La clave de todo estriba en la concepción del tiempo histórico de Tuñón, que establece un *continuum* desde el breve tiempo objeto del trabajo hasta el trabajo del historiador. La cercanía temporal, y las posibles implicaciones o pasiones se solventan con su citada fórmula de la profesionalidad del historiador que pone sus intereses científicos, la búsqueda de la verdad por encima de todo. La de las fuentes mediante el uso “de todas las fuentes orales y escritas que hoy es posible consultar”, desde memorias y testimonios hasta debates parlamentarios, estadísticas, textos legales o prensa periódica pasando por la monografías que ya se habían escrito sobre el tema. Es decir, empleo riguroso de pluralidad de fuentes y contraste de las mismas, cóctel con el que Tuñón esperaba que la obra presentara “solidez”.

Además, sabía que era un “terreno disputado por historiadores, economistas, politólogos, sociólogos, demógrafos y periodistas”. Frente a todos ellos, sin embargo, Tuñón destaca la posible aportación de los historiadores, que deben sobre todo situar la transición “en el *trend* secular”, preguntarse por el significado de la transición democrática para la historia de España. De esa forma se relacionaría tiempo corto, coyuntura (la transición) con la larga duración (historia de la España del siglo XX) como complementarios antes que incompatibles. Por esa relación es posible identificar en la propia transición la participación de temas y cuestiones propios del siglo XX español, como la dinámica modernización/tradición, el origen y ejercicio del poder y su legitimidad, etc. No debe, por tanto, menospreciarse un testimonio como éste en el que se pone de manifiesto que en teoría y en la práctica los historiadores contemporaneistas conocían los retos del presente para la historiografía y los abordaron sin ningún prejuicio. La calidad del trabajo muestra además cómo historiadores de diferentes campos son capaces de

65. Vid. pp. 11. El resto de su “Introducción” en pp. 12 a 24.

analizar el tiempo presente con eficacia (en este caso concreto además de Tuñón, J.L. García Delgado, Santos Juliá, José Carlos Mainer y J.M^a Serrano Sanz)⁶⁶.

Otro caso que deseamos señalar es diferente en muchos sentidos, pero también es representativo de lo que pretendemos mostrar aquí. Se trata de la *Historia Ilustrada de España*, cuyo volumen 10 está realizado por historiadores tan “clásicos” (en el sentido positivo descrito) como Ubieta, Reglá, Jover o Seco Serrano. El título del mismo es “Nuestro tiempo, 1931-1995”. Y desde luego, por la edad de todos los autores no hay duda de que es su tiempo, tanto como para Hobsbawm el corto siglo XX podía ser el suyo. Por tanto, ¿dónde está la gran oposición de los historiadores contemporáneos clásicos a abordar la historia del presente en su sentido de tiempo propio, tiempo cercano o tiempo vivido? No la hay de hecho. Otra cosa es que no se adscriban a una corriente determinada de afrontar ese presente, o que no compartan algunas de las implicaciones de esa perspectiva.

El coordinador del volumen, Carlos Seco, escribe en la “Introducción” que en las tres primeras etapas, hasta 1975, se tiene una amplia perspectiva temporal. Note el lector que está hablando a menos de 20 años vista (cuando, por ejemplo, aún no se han agotado los plazos para consulta de los archivos oficiales). De la última, que lleva hasta el momento mismo en que escribe, no piensa que sea imposible tratarla porque de hecho forma parte del libro; solamente se hace una aclaración de todo punto razonable. Que es tan sumamente presente que los autores sólo han podido dar una panorámica *evenementiel*, más de acontecimientos y provisional en sí que de conclusiones por ser aún una etapa abierta, todo lo cual es cierto. La historia de los 80 y 90 escrita en ese mismo momento requiere aún más análisis, mas trabajo y tiempo de investigación para ganar mayor solidez historiográfica⁶⁷. Pero debemos diferenciar entre posibilidad de historiarlo, que se reconoce (se hace), y solidez de esa historia, que lógicamente debe ser mayor con el tiempo. El tiempo permite ir cuajando más los estudios, el debate, etc. Y ésta es la tónica dominante en la actualidad cuando los historiadores que cultivan la etapa contemporánea han tratado del tiempo presente en diversos lugares⁶⁸.

66. Lo mismo ha sucedido en Cataluña donde reputados historiadores de Contemporánea, se han ocupado del tiempo presente con naturalidad y con notable éxito. Un ejemplo es el trabajo de Borja DE RIQUER i Joan B. CULLA, *El Franquisme i la transició democrática (1939-1988)*. Barcelona, 1989. Nótese la coincidencia entre período estudiado y momento en el que se escribe o, lo que es lo mismo, el tratamiento histórico de un tiempo extremadamente cercano como algo no excepcional en nuestra historiografía.

67. *Historia Ilustrada de España*. Debate/Círculo de Lectores, 1996, “Introducción”. No olvidemos tampoco que el propio Jover había afirmado ya en 1976 que “la Historia no es simplemente ‘lo pasado’, algo ajeno a ‘la acción y a las opciones del presente’, sino más bien “un proceso unitario que engloba pasado, presente y futuro” (“Corrientes historiográficas de la España contemporánea, en la obra por él coordinada *Once ensayos sobre la Historia*. Madrid, Rioduero, pp. 234 y 235).

68. Manuales muy implantados de *Historia Contemporánea de España*, como el editado por Ariel dedican un tomo al Siglo XX que cronológicamente llega hasta nuestro días. Esa es la mejor prueba de que la historia contemporaneísta ha asumido hoy el análisis del tiempo presente. Las

Así, lo que parece es que la historiografía de los últimos años ha conocido la configuración de nuevas perspectivas: desde la historia de lo cotidiano, la historia local, la historia comparada, la historia oral, la historia de género... o la historia del tiempo presente. Ésta última ha encontrado problemas al pretender conformarse como disciplina historiográfica propia, al margen de la contemporánea⁶⁹. Algo cada vez más difícil ya que la historia contemporánea no ha renunciado a incorporar como herramientas adecuadas para mirar al tiempo pasado más reciente muchos de los elementos que la historia del presente hace constitutivos y definitorios de su naturaleza, las fuentes orales, la

críticas desde la Historia del Presente en la actualidad van más dirigidas a la forma de estudiar el presente que al rechazo de los historiadores a ocuparse de un tiempo presente. Asumido que ya la Historia Contemporánea se ocupa aquí y allá del tiempo más reciente, se le demanda que lo haga de acuerdo a unas pautas metodológicas nuevas, diferentes a las utilizadas para el análisis de otras etapas cronológicas precedentes. De la misma forma que los historiadores superaron en seguida cualquier reticencia cronológica con respecto al presente, con semejante prontitud se van acostumbrando al empleo de una renovada metodología.

Como muestra de que entre los trabajos así realizados y los que sobre el mismo período (y objetivos similares, en este caso un manual de orientación universitaria) han sido confeccionados desde una orientación acorde a la Historia del Presente, propongo el ejercicio práctico de cotejar el relato que de la transición política se hace en una de las historias generales aquí ya citadas (la de Labor, por ejemplo) y la editada por Cátedra bajo el título *Historia de España. Siglo XX, 1939-1996*. El amplio capítulo redactado por J. Aróstegui (pp. 245-362) para este último no se diferencia sustancialmente del equivalente que podemos encontrar en otro lugar, o de los trabajos que Tusell ha escrito sobre la misma cuestión, salvo por la introducción, en la que Aróstegui se ocupa de la Historia del presente (pp. 245-250). Ateniéndonos al texto en su conjunto sería casi imposible distinguir dos perspectivas diferentes, la propia de la Historia Contemporánea y la de la Historia del Presente. Curiosamente la obra que más se puede acercar a una Historia del Presente de la Transición democrática es la editada por PLAZA & JANES, *España. Nuestro siglo. Texto, imágenes y sonido. 1975-1985*, que apareció en fecha tan temprana como 1986. Tanto en los medios empleados (el sistema Sonobox permite al lector disponer de una auténtica fonoteca junto a texto e imágenes), como en el planteamiento se recogen algunos principios clave para una Historia del Presente. El director del volumen, el recientemente fallecido Pedro Laín Entralgo, escribe en la "Introducción" que se trata de abordar "el presente en que se existe" como una etapa "entre el pasado de que se proviene y el porvenir a que parece apuntar. En definitiva, trata de plasmar en la obra: "mi idea de la España en que vivo, viéndola como resultado de nuestro pasado reciente –por tanto, de nuestro total pasado– y como camino hacia la España en que mis hijos y mis nietos puedan vivir". Lo cierto es que falta aún una monografía "modelo" de Historia del Presente para el caso español (al estilo de algunas obras francesas ya mencionadas).

69. El propio Aróstegui escribió recientemente que "no existe como disciplina clara" y que "no hemos sido capaces de construirla" y lo riesgos que ello supone para el futuro de la Historia del Presente ("Tiempo contemporáneo y tiempo presente", art. cit., p. 32). Y Rodríguez de las Heras ha atribuido los "traspies y desorientación" de la Historia del Presente a su fase aún embrionaria y a la falta de una teoría mínima que pueda sostenerla como disciplina ("Principios de Historia del Tiempo Presente", art. cit., p. 23). Una situación muy similar a la que ha experimentado la Historia del Presente en otros lugares donde también se reconoce que "todo queda por hacer" (vid. lo que A. CHAVEAU Y PH. TÉTARD escribían a la altura de 1992 –con más años de vagaje y mayores resultados que en el caso español– en la introducción a *Questions à l'Historie du temps présent*. Bruselas, Complexe, pp. 11 y 12).

memoria, la imagen... Los contemporaneistas, sin dejar de serlo, pueden ser los historiadores de su propio tiempo, los historiadores del presente. Y de hecho lo están siendo. Los historiadores posteriores podrán cultivar otra historia (quizá entonces llamada todavía contemporánea como período cronológico) de ese período ya no como presente, sino como pasado. Para hacer historia del presente tendrán que mirar a su propio tiempo y siempre que lo hagan de acuerdo a determinadas pautas, utilizando una metodología específica tal y como la define la Historia del Presente, harán historia del presente. Una vez inaugurada no parece que vayan a faltar nunca historiadores contemporaneistas dispuestos a cultivar este nuevo enfoque historiográfico, a adoptar la perspectiva presentista para escribir la historia del tiempo en que vivan. La Historia del Presente es posible, es además una práctica cada vez más habitual y es seguro que los historiadores seguirán haciéndolo en su futuro. Cada vez mejor, con mayor base teórica, con metodología más depurada gracias a los esfuerzos hechos desde la Historia del Presente y al conocimiento que de su naturaleza, sus propuestas y sus objetivos va calando entre los historiadores.

CONCLUSIONES

Al margen del grado de consenso que haya suscitado o de las imperfecciones con que se haya constituido, el debate en torno al presente se ha insertado en el corazón mismo de la historiografía actual en diversos países, entre ellos España. Hoy asistimos todavía a su desarrollo y su resolución definitiva parece aún lejana. Prescindiendo de cuál sea su final, hasta ahora los esfuerzos de la historiografía para ampliar su espectro cronológico de trabajo desde el pasado remoto hasta el pasado más reciente y para plantear una forma específica de analizar ese pasado como presente, ha dejado en su camino algunos frutos de incuestionable valor.

Ha reactivado el debate historiográfico en torno a cuestiones epistemológicas, metodológicas y teóricas de cuya presencia tan necesitada se encontraba la disciplina. El presente ha sido motivo para condenar una vez más viejas consideraciones de un positivismo *naïvete* ya periclitado que pretende fundamentar la cientificidad del conocimiento histórico en una distancia cronológica y una sujeción a las fuentes documentales que durante largo tiempo han convertido la profesión de historiador en la de “ratón de archivo”. Ha despertado el interés por acercarse a las nuevas fuentes en sus diversas manifestaciones como complemento inevitable a las tradicionales. Ha intentado insertar a la historiografía en la sociedad de la tecnología y la información acercándola a otras ciencias sociales. Ha forzado a los historiadores a especificar sus formas de acción frente a la sociología, la antropología, la politología o el periodismo. En definitiva a teorizar sobre todas esas cuestiones y de ese modo a fundamentar su praxis sobre unos principios más sólidos, renovados y actualizados.

La tradicional resistencia de los historiadores a prodigarse en la teoría ha sido en parte la responsable de que tampoco los esfuerzos realizados para configurar una Historia del Presente como nueva disciplina con una metodología y unos objetivos propios bien definidos hayan obtenido demasiados frutos directos. Carente de un apoyo institucional y de impulso administrativo en los niveles de enseñanza y docente, el futuro

de la Historia del Presente en España parece poco esperanzador. Es probable que asistamos a la misma presencia raquíca que otras propuestas como el llamado “giro lingüístico” han tenido en la historiografía española. Los historiadores casi con toda seguridad seguirán la más cómoda senda del cultivo directo de la historia presente sin necesidad de afinar antes sus instrumentos. El término llamado a arraigar es el de Historia Actual. Con el tiempo éste será el período cronológico iniciado tras la II Guerra Mundial (tras la guerra civil en el caso español) y los contemporaneistas dedicados al estudio del siglo XX se convertirán en los actualistas en el futuro. La Historia del Presente siempre será posible, pero acabará confundándose con la Historia del mundo actual, con un simple período cronológico, justamente lo contrario que se pretendía. Pero así lo aprenderán los estudiantes y así lo cultivarán la mayor parte de los historiadores. Se hará historia del presente, pero no siempre de acuerdo con las pautas (no con todas) marcadas por la Historia del Presente.

El presente está ganado para la historiografía, pero no como “coto privado de caza”. Politólogos o periodistas seguirán poniendo su punto de mira sobre las mismas presas, pero cada uno utilizará sus propias armas. Pero mientras éstas no se pongan al descubierto, mientras no se muestren con claridad la mayoría del público encontrará dificultades para diferenciar a unos y otros. Los periodistas seguirán ejerciendo de historiadores y a los historiadores les (nos) llamarán periodistas (sus propios compañeros, incluso). La máquina del presente funciona a toda velocidad y demanda análisis y explicación desde todos sus ángulos. La Historia del Presente representa uno de ellos. Algo se ha logrado.

